

Deodoro



**GACETA
DE CRÍTICA
Y CULTURA**

Universidad Nacional de Córdoba
Argentina | Enero de 2015
Año 4 | n° 50 | \$10.- | ISSN: 1853-2349

ESPECIAL DE VERANO: CRÓNICAS, CUENTOS Y ENTREVISTAS.

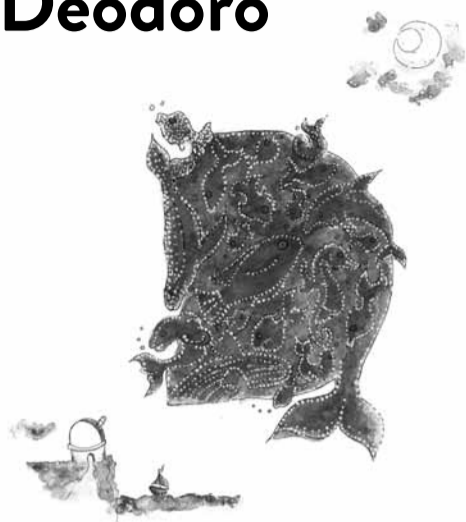
Participan, entre otros: María Pía López, Ana Prada, David Voloj, Miguel Puch y Sergio Gaiteri. » Debates, fragmentos de novela y artes visuales.



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Deodoro



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

Rector: Dr. Francisco Tamarit
Vicerrectora: Dra. Silvia Barei
Secretario General: Dr. Alberto León
Director Editorial UNC: Mgter. Carlos Longhini
Secretario de Extensión: Lic. Franco Rizzi
Subsecretario de Cultura: Lic. Franco Morán
Prosecretaría de Comunicación Institucional:
Lic. María Cargnelutti
Director: Mariano Barbieri
Secretario de redacción: Guillermo Vazquez
Consejo Editorial: Matías Lapezzata, María José
Villalba, Natalia Arriola, Agustín Massanet, Gonzalo
Puig
Corrección: Raúl Allende
Administración: Matías Lapezzata

Diseño: Prosecretaría de Comunicación Institucional,
UNC

Ayudante alumna: Virginia Sanguinetti
Redes: Martín Aguaisol

Revista mensual editada por la Editorial de la UNC
ISSN: 1853-2349

Editorial de la UNC. Pabellón Argentina
Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria.
(351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA
deodoro@editorial.unc.edu.ar
info@editorial.unc.edu.ar

DEODORO, GACETA DE CRÍTICA Y CULTURA no se hace res-
ponsable de las opiniones y artículos aquí publicados.
Los textos son responsabilidad de quien los firma.

Impreso en Comercio y Justicia Editores



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba



SEU

Secretaría
de Extensión
Universitaria



EDITORIAL



PCI

Prosecretaría
de Comunicación
Institucional

Ilustración de tapa e ilustraciones interiores en este
número: Sergio Cuenca

3 | Apertura
Cincuenta
Franco Rizzi

4 | Miss Once | Fragmento de novela
María Pía López

6 | Tres etiquetas y media | Cuento
Sergio Gaiteri

8 | Recursos humanos | Cuento
David Voloj

10 | “El amor es una droga dura” | Entrevista con
Ana Prada
Mariano Barbieri

12 | Viaje de Omar | Fragmento de novela
Adrián Savino

14 | Es merodeo, es yire: el deseo | Crónica:
merodeo y diversidad sexual
Juan Manuel Burgos

16 | ¿Quiere usted saber cuál era nuestro
destino? Acerca del original y la copia
María Cristina Liendo

17 | El edificio | Fragmento de la nouvelle “El
edificio”
Cuqui

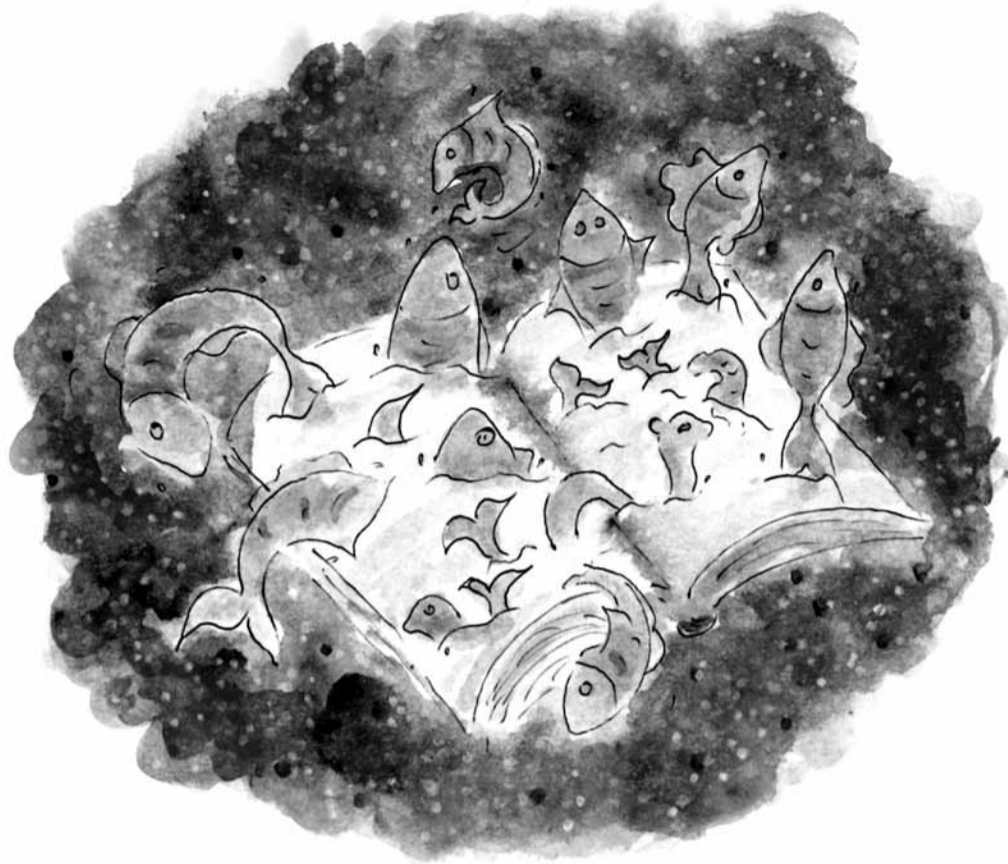
18 | “Tengo más de treinta mil afinaciones
encima” | Entrevista con Miguel Puch
Julián Barbieri

20 | Todas las primaveras sin Monsanto | Crónica
Flavia Dezzutto

22 | Enciclopedia ilustrada del niño menemista |
Artes Visuales
Juan Pablo Bellini

24 | Superhéroes del subsuelo | Crónica
Juliana Rodríguez

26 | En la dirección correcta | Cuento
Cezary Novek



Cincuenta

Franco Rizzi

“A través de *Deodoro*, la Universidad busca ser la ocasión de un hecho de lenguaje donde narradores, poetas, dramaturgos, actores, músicos, artistas visuales, vivos y muertos, encuentren un lugar común, la crítica”. Así comenzábamos el texto editorial que escribía Diego Tatián en septiembre de 2010. Entonces publicábamos y presentábamos la primera revista en ocasión de la feria del libro. Hoy, a poco más de cuatro años y cincuenta números después de aquel primer ejemplar, damos cuenta del paso de más de 300 narradores, poetas, dramaturgos, actores, músicos, artistas visuales, que publicaron sus trabajos en las páginas de *Deodoro*.

Decíamos también que nos proponemos pensar los objetos culturales de Córdoba porque veíamos y seguimos viendo cómo la marea de producciones culturales, políticas y estéticas se multiplica, pero los espacios en los cuales estos pueden pensarse a sí mismos y ser pensados por otros desde la crítica, por fuera de la agenda o de la inmediatez, fueron desgraciadamente desapareciendo poco a poco, fundamentalmente en proporción con los esfuerzos magnánimos que significa en muchos casos mantener a las publicaciones impresas en el tiempo. Las revistas culturales deben cumplir este rol, ocupar este espacio de crítica que es también un

espacio de difusión, pero que excede a la gacetilla y la cartelera de espectáculos. Es una pausa que permite una segunda lectura sobre la velocidad de los acontecimientos.

No es casual, y al mismo tiempo no es tampoco algo obvio, que el esfuerzo provenga de la Universidad Pública. En primer lugar, porque las instituciones públicas tienen ese deber, cuando todo lo privado se estanca en su propia autorreferencialidad, de sostener las discusiones con pluralismo y de empoderar las voces que no tienen las mismas posibilidades de prensa o acceso a bienes simbólicos y materiales que otras. Parece un lugar común decir que es uno de los “roles del Estado”, pero siempre hay que reafirmar esa posición cuando se trata de la cultura, donde todavía muchas opiniones sostienen que el Estado no tiene que fomentar, ni financiar, ni sustentar proyectos –y en cambio hacerlo solo con las tareas más evidentes de alumbrado público, transporte, gestión de la basura, etc. Por otra parte, la Universidad pública cordobesa tiene cuatrocientos años de vida. Eso significa que no es nada fácil desalojar prejuicios y lugares comunes sobre sus funciones y presuntos “recatos” que deberían sopesarse al abordar temas o incluir diversas escrituras: uno de ellos, el que más le compete desentrañar acaso a *Deodoro*, es el mito iluminista por el cual

la Universidad tiene una opinión de mayor jerarquía, valor de verdad y plenamente realizada en sus laboratorios internos, o con las lógicas endogámicas de sus claustros. Prueba de ello es la apelación mediática cada vez más constante a la frase “*un estudio de la Universidad x comprobó que...*” para “prestigiar” las opiniones más burdas –cuando no un poco fascistas– que puedan imaginarse. No es que no haya sucedido eso en la historia de la universidad cordobesa, y de la “Universidad” en general, y que no siga sucediendo tantas veces. Pero desde hace un tiempo se viene produciendo un cuestionamiento, en la teoría y en la praxis, a esas versiones ya vetustas de la universidad aséptica y extraña a todo lo que no sean sus claustros.

Por eso *Deodoro* es, sobre todo, una apuesta por pensar a contramano de tantos mitos sobre nuestras instituciones de educación universitaria, a la par con muchas de las transformaciones que las mismas transitan. La discusión de la cultura –que es también una disputa por una sociedad distinta– es una tarea tan permanente como pocas.

Cincuenta números son una pequeñez y es preciso insistir con más voces, temas, modos, con sus traspies y errores: todo lo que requiera un proyecto que busca la consideración crítica de sus lectores más fieles y de los más casuales. ●

Miss Once

María Pía López*

4

FRAGMENTO DE NOVELA

A modo de explicación: *Hace poco más de un año, quizás casi dos, en una noche de insomnio en lugar de contar animales de alguna índole pretendí recordar las calles de mi barrio. Con más precisión: las que recorría de casa al trabajo. Apareció una escritura como surge un arroyito a la vera de algún río, con pretensiones poéticas y ritmos de caminante. Las palabras buscaban otro molde u otro desborde. Empezaron las historias, los personajes, el asedio de una ficción sobre Once. Mi barrio. Mi aleph o mi babel. Los sonidos. En algún momento sentí la redundancia del nombre sobre otras literaturas ya escritas. Apareció una idea: un nuevo personaje, la Miss Once. Que sería centro y periferia, hilo conductor o pitonisa. El título un homenaje a su tardía aparición. En alguna de sus epifanías, el Once me mostró a su Miss. Iba caminando, vestida como debía, llamativa y platinada, con primacías de rojos y tacos firmes y hablando por un extraño aparato. Hace unos meses, la novela ya en la editorial, recibo un correo de mi hermano. Se cruzó con la Miss y ella hablaba, en la esquina de mi casa, con alguien que lleva el nombre de mi hermana Clarisa. No temo. Espero. Quizás mi destino sea ser su personaje. El suyo ser la narradora. Por lo pronto, lo que aquí elijo publicar es parte de la novela que lleva su nombre y que está compuesta por tres tipos de fragmentos: Once, Historias y De casa al trabajo. Intercaladas: que la novela sea polifónica y dispar como la Babel que la habita. Eso quise o lo quiso ella.*

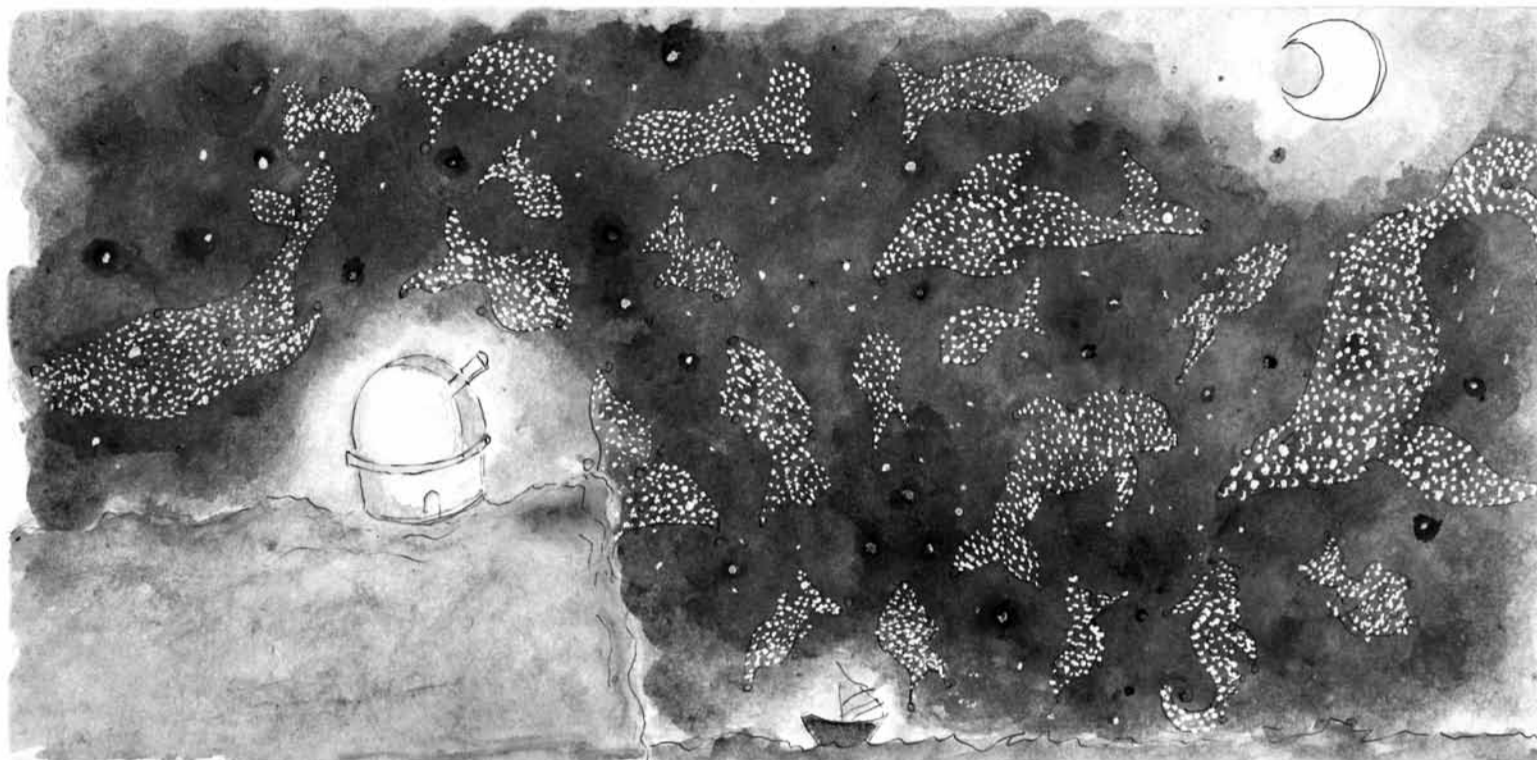
Miss Once

Once: Miserere era tierra del alsinismo y en los atrios las elecciones incluían puntazos y trompadas. *Caras y caretas* recordaba, ya entrado el siglo XX, el tiempo de las compadradadas, los comicios “sin cuarto oscuro

ni sobre cerrado” en los que galleaba el perito agrícola y diputado Pedro Cernadas, hombre de Balvanera. Eso por 1900, porque desde 1912 la ley electoral corregiría rasgos tan proclives a los triunfos fáciles. Las primeras elecciones regidas por esa ley las ganaría uno de sus impulsores. El que había nacido el 13 de julio de 1855 en Alberti y Rivadavia. Hipólito Yrigoyen antes de ser presidente fue comisario del barrio. Como había sido su abuelo, Leandro Alén, ejecutado en 1852 por rosista. Una placa recuerda al expresidente radical, ninguna al supuesto mazorquero del cual el críptico descendía.

Historias: La jornada empieza más temprano, le toca un curso mañanero de drenaje linfático. Ay, me pierdo al pastor, se burla de su propia tentación. En el almuerzo compartido en medio de llamados, charla con las chicas: todas dicen creer en dios pero ninguna es practicante. Ni iglesia ni templo ni ritual requieren. Apenas un bautismo allá lejos y hace tiempo, un nombre de aroma religioso, una idea de culpas y pecados, un rezo ante urgencias asustadas. Salvo una, que cuenta su abrumador pasaje por los testigos. Creyó por la activa militancia de una tía, fue convencida en su temblorosa adolescencia, encontró un ámbito amable y solícito, una fraternidad desconocida. Endogámica como toda comunidad. Fue presionada hasta el agobio para que se enganche con un hermano. Y una noche en la que el tedio pudo más que la creencia, la minifalda reemplazó la pollera oscura y una añorada cerveza al jugo permitido, bailó un tema de La renga y de un muchachón del barrio quedó prendada. El tipo la convenció, poquito a poco, de que esa vida austera y casta no convenía a una chica de su edad y que había formas menos rígidas del creer y del querer. La flaca dejó el mundo de los hermanos

y hermanitos y meses después también al laico redentor, pero ya no volvería al templo y los testimonios. Contaba con gracia aunque reconocía el profundo temor a equivocarse que siempre la aquejaba: si esa era la verdad y la había conocido y luego abandonado para dedicarse al cuerpo y sus placeres y encima elegir un oficio abocado a lo frívolo y efímero, su alma ya estaría condenada, en el juicio final ninguna apelación sería posible, ningún atajo la sacaría del infierno. Las compañeras intentaron desasirla del temor. Ella no podía olvidarlo. Dos era en una: la creyente acobardada por el juicio y la alegre coleccionista de hombres, pilchas y experiencias. Mientras hablaba, aparecían las dos, contradictorias. El resto se sintió en comprensible calma: tenían de religioso camino sólo los ritos iniciales, el rosario de un catecismo medio olvidado o una tibia escolaridad católica. Ni siquiera la que llegó a la confirmación tardía pudo acreditar algo más que una desvaída creencia en un dios que todo ve y en una iglesia olvidadiza de regular las prácticas. Isaías recuerda el rostro de la chica que estaba sentada en el banco a la mañana. Hoy el día está penoso, la gente parece más apurada que de costumbre y él repite gritada letanía, admoniciones y relatos. No está en vena de convencer a ningún gil ni transeúnte pero sigue, una misión es eso: una insistencia, una condena, una fatalidad aun elegida. Dios te pone en esa plaza, sometido al escarnio de la Miss y al desprecio de los caminantes, porque antes creíste que la cruzabas por voluntad, ateído de cuarta que custodiabas una puerta y no advertiste que los pibes estaban desprovistos del más mínimo cuidado, ellos sí que no tenían ángeles de la guarda. Vos guardabas la entrada, incrédulo miserable, y no te encomendabas a ninguna fuerza superior. Creías que bastaba,



precario engendro de lo humano, con avisar que no se podía prender tanta bengala. Cruzabas el cemento, pobrecito, como si fueras vos libre albedrío, ay, que quiero cruzar a mi trabajo, ay, que elegí esto que ahora hago. Y no te diste cuenta, hasta que el humo te llenó los ojos, hasta que enrojecieron tus retinas y tus pulmones tosieron sangre y fuego, hasta que tus manos se agarrotaron de sacar cuerpos del boliche, no te diste cuenta de que no eras libre, gilastrún, ni mucho menos. Que dios te puso ahí sin que supieras como ahora fatal te clava en esta esquina y te dice: propagá, imbécil, mi palabra.

De casa al trabajo: Once es desnudo y despiadado aun en lo fatal de los rituales y las profusas series de cositas, la plaza de granito o pedregullo, los bancos del dolor suicida y de la espera para retornar a las provincias. Esa plaza a veces se enmilagra cuando el gris maculado se rompe y brota violeta frescor de jacarandáes y hace de los cielos del oeste una acuarela donde el lila es trazo superior sobre el naranja y el aire que se enciende cuando el sol está cayendo se disfruta en las ventanas de los pisos que gestionan movimientos que se unen-organizan y despliegan sus batallas en forma militante. Las siglas se suceden, los nombres parecen infructuosos homenajes a la historia, la política necesita de sus próceres linajes o antecesores pero también símbolos de lo porvenir. Alguien ha dicho –y quizás fueron varios– que comprende el pasado sólo aquel que tiene imaginación para el futuro. Recoveco del pensamiento utópico o de los sueños que tienen pies de barro. Abajo duermen los abandonados de la suerte, los quioscos gritan su prensa más canalla, la que hace gala de tapas a foto entera de cadáver –si es posible bien desnudo y con sangre que lo encharca. Arriba se discute la frase

del volante o del llamado, el lugar organizativo de la mesa o un difícil cálculo de votos.

Historias: Día tranquilo, charla en el café con Aldo Aranda. Él le cuenta penosas historias de gente que trabaja. Una obrera fabril que conoció, consumida por el ritmo de la máquina, una chica dedicada a la limpieza por horas, los huesos deformados por la artritis, una puta en manos de un hombre irresponsable que la explota, rehén juvenil de la merca traficada. Le quiere decir con el muestrario que bajo su ala está protegida y bien cuidada, que es buena en el oficio y no conviene cambiar de caballo a mitad del río. La oratoria le sale encantadora, fluye la palabra entre miradas de seductor encanto. Ella es feliz en esas circunstancias, sujeta ante la verba del muchacho, gloriosa de ser una mina convencida y no un animal encadenado. Diótima dice que está bien, que no va a pasatrear, que está tranquila, que lo suyo son curiosidades, si tiene capacidad para otras cosas, si se le daría bien cualquier oficio, no ahora, no ya, sino cuando el cuerpo no sea bello o ya no aguante, no quiero terminar como la Miss, loca, arruinada y arriba de los tacos. Las palabras se acompañan con sonrisas complacientes. Y él: tenés razón, percanta, hay que pensar en el futuro. Por qué no vas haciéndote unos cursos, algo fácil y vas probando. Hay años por delante con esas tetas y la piel firme. Qué piropos, parcero. Parece un hombre burgués dando sus consejos a la señora aburrída de ser ama de casa. Vistos desde afuera, desde los ojitos golosos del mozo nuevo, son una pareja de novios que se quieren. Horas más tarde los compañeros ya le hicieron el informe: la chica es puta de la esquina, el tipo regentea unas cinco. Enterado, deslumbramiento y baba. Beto la recuerda y

la imagina. Memoria de sus dichos caribeños y su cantarino modo de decirlos, imaginación de posturas y de actos que nunca se atreverá a pedir. Si la viera ahora en sus mohínes, en su pose de flaca seducida, sentiría dramática distancia con la que conoce cuando paga. Que es alegre y predispuesta, duda no cabe, pero nunca le dedicó esos ojos sin distancia. Eso no se compra. En el shopping, mientras buscan unas remeras, toqueteando entre las telas, sin saber en qué consiste lo que quieren, Jenifer cuenta el embarazo. La hermana aconseja premura. Ella ayudaría con unos cientos y claro que acompaña. Mientras tanto suma insultos al nabo autoexpulsado. Cagón y mentiroso intercalados con la astucia visionaria del mayorazgo: yo te lo dije. Y qué importa si lo dije o no lo dije, si la otra necesitaba de otro cuerpo y de la ilusión de enamorarse. Por mayor que sea, sabía no es. Apenas tiene un novio boludón y más constante. La otra lo piensa y no discute, no es momento de hilar cantinelas conocidas, nunca una quiso al novio de la otra, intruso en la fraternidad. Jamás los tipos dan el piné y la cuñada empieza el lento trabajo de demolición. Cada ruptura implica un diálogo plagado de “te lo dije”. Y en efecto siempre estuvieron advertidas de la precariedad del candidato. Duelen menos las rupturas de ese modo, cuando fueron anunciadas de temprano, cuando hubo insistencia en explicarlas por una aliada intransigente. Jenifer quiere conversar de la decisión y lo que viene. Laura desestima su importancia. Ya pasó parecidas circunstancias y con un gesto de la mano las declara leves. Y si no lo fueran, igual hay que encararlo. No escucha las dudas ni quiere percibir que la otra tiembla mientras mira atenta una vidriera. ¿Tenés a quién llamar? Tengo. Arreglá y vamos juntas. ●

*Socióloga y ensayista

Tres etiquetas y media

Sergio Gaiteri*

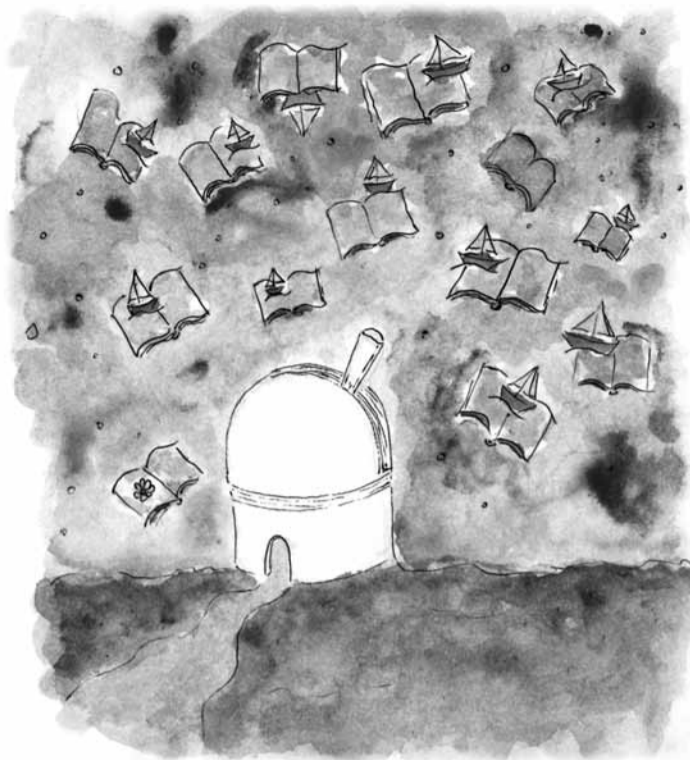
Este hombre, Juan Carlos, vivía en nuestra calle, en la vereda de enfrente, en diagonal hacia la izquierda. Las veces que lo crucé en la calle o en el almacén, aunque lo saludara de la mejor manera, me devolvía el saludo con un leve gesto de cabeza y un sonido imperceptible que dejaba escapar de su boca. Nora decía que era así con todo el mundo, que no tenía nada particular conmigo. Yo no estaba tan seguro de que fuera así. Siempre iba de saco azul y corbata negra. Se decía que trabajaba en el Banco de la Provincia. Los sacos estaban gastados, las corbatas habían perdido el brillo. A su manera era un hombre elegante. Eso me parecía. Alto, flaco, de unos cincuenta y cinco años. Eso sí, la piel de la cara arrugada, agrietada, con manchas de color rojo oscuro en la frente y en el cuello. Hay que decirlo: llamaba la atención porque no es común ver a alguien de corbata caminando así como así por las calles de barrio Müller. Hasta la tarde que tocó el timbre de casa la mayoría de las veces lo había visto con un cigarrillo apretado en los labios. Y esa era la cuestión. Esa tarde no traía un cigarrillo sino varios paquetes de cigarrillos en las manos, envueltos desprolijamente con el papel color marrón con el que se venden los cartones completos. Saludó, como siempre, cortante. En este caso, el saludo tenía más que ver con la falta de aire que con sus modos habituales. Lo invité a pasar, preocupado porque se quedara *duro* en la puerta de casa. Ni me escuchó. Dijo, según alcancé a entender, que como alguna vez me había visto fumar en la vereda me regalaba esas etiquetas, que el día siguiente se internaba porque le iban a extraer una parte de los pulmones. Agarré los paquetes. No sabía qué decirle, si agradecerle o no lo que me estaba dando. ¿Felicitarlo, desearle suerte?, qué sé yo. Le pregunté si lo podía acompañar hasta su casa. Negó con la cabeza. Con un esfuerzo sobrehumano sacó una bocanada de aire del pecho y aspiró lo que pudo. Dijo algo, pero ya no le entendí ni una palabra, y cruzó la calle meditando en cada paso donde ubicaba sus pies para no perder el

poco equilibrio que le quedaba. Nora había visto la escena completa desde el fondo del pasillo y se asomó a la calle cuando Juan Carlos llegaba a los tropezones a la puerta de su casa. Estaba impactada. Esa misma noche, hablando y hablando sobre el tema, ella decidió dejar el cigarrillo. Me pareció que era un impulso, cosas que se dicen y que duran nada. Pero no fue así. Transcurrieron los días y Nora no volvió a tocar un cigarrillo. No pasó lo mismo conmigo. Me impactó la historia de Juan Carlos, por supuesto, pero no para tanto, no para eliminar de mi vida el placer del humo saliendo por los labios entrecerrados, la sensación de tener algo caliente, vivo, entre los dedos. Antes de que volviera de la operación me había fumado su cartón y varias etiquetas más.

» Dijo, según alcancé a entender, que como alguna vez me había visto fumar en la vereda me regalaba esas etiquetas, que el día siguiente se internaba porque le iban a extraer una parte de los pulmones. Agarré los paquetes.

Olga, la mujer que vive al lado de Juan Carlos tenía la llave de su casa. Se la había dejado para que le tirara algunas sobras de comida al perro. Nunca había visto al perro en la calle, pero sí había escuchado los ladridos durante años desde el patio de casa. Un animal grande imaginé siempre por la manera grave en que retumbaban esos ladridos. Nora le dijo a Olga que ella también tenía comida para darle al pobre perro. Y consiguió la llave. Y la mañana que entró a la casa de Juan Carlos me llamó inmediatamente por teléfono al trabajo para contarme lo que acababa de ver. Un basurero. Toda la casa es un gran basurero, dijo. El piso está lleno de papeles, plásticos, cartones, cosas rotas. Hay bolsas llenas de basura. No hay lugar en la mesa para apoyar un plato, un vaso. La heladera, la cocina, la mesada, todo está

cubierto por una capa de grasa amarillenta. Una capa gruesa, repugnante. Tengo las manos hechas un asco solamente de tocar la manija de la puerta. Hay cajones de madera de verdulería, y cajas de cartón llenas de cosas revueltas. Me dijo que iba a sacar fotos con el celular para mostrarme lo que era ese desastre. Pero por la noche, cuando volví a casa, ocurrió algo extraño, a Nora se le había pasado la excitación, la intensidad con que me había detallado por teléfono lo que había visto en la casa de enfrente. No hubo ningún comentario nuevo. Ni fotos, ni nada. Cuando le pregunté algo de eso me respondió con cierto desgano, cambiando de tema en cuanto tuvo la posibilidad. Entendí que la situación había sido demasiado para ella, que tanta dejadez la había golpeado. Pasaron varios días sin hablar de Juan Carlos. Hasta que me contó que le había llevado comida al perro y se había quedado un rato tratando de acomodar *esa mugre de casa*. Nora es así, una mujer sensible. Y muy generosa con su tiempo, con su energía. Y aunque ella no lo dejara traslucir, yo me daba cuenta los días que iba a la casa de Juan Carlos a trabajar. Esos días, por más que se pintara y se arreglara, se le notaba el cansancio en la cara y, además, se movía inquieta, sin encontrar una posición definitiva en la cama. Algo me contaba, algo deslizaba sin que yo se lo pidiera. Tenía una oscura necesidad de hacerlo, de compartir algo que la sobrepasaba. Decía que debajo de la grasa la chapa de la cocina estaba impecable, lisa, absolutamente nueva. Lo mismo la puerta de la heladera, la mesada y muchos de los muebles. Repetía la palabra pureza. No sé bien qué quería decir con eso. Ella tampoco tenía en claro qué me quería contar. Se la notaba confundida, insegura, sin convencerse ella misma de lo que estaba haciendo. Decía que las cenizas de los cigarrillos se habían metido en cada rincón, en cada recoveco. Y que el lugar más desesperante era lo que había sido la habitación de la madre, a quien nosotros, vecinos relativamente nuevos en Müller, no alcanzamos a conocer. Ahí no se animaba a



ingresar, y le parecía que ella, con la fuerza de sus brazos, hubiera sido incapaz de mover la cantidad de muebles que estaban como arrojados con saña en ese reducido espacio. El colchón de la cama de Juan Carlos era otro asunto. Le pidió a los muchachos del taller de la esquina, que al parecer sentían una lástima similar por el vecino internado, que la ayudaran a moverlo, a sacudirlo y a darlo vuelta. ¿Por qué lo hacía, qué impulsaba a Nora a pasar muchas tardes de uno de los peores calores de verano que se recuerde en la ciudad en esa casa siniestra, a punto de venirse abajo? Esa era la pregunta que le hice desde un principio. Con distintas palabras, con diversos tonos, y que ella esquivaba o no sabía contestar. Y como lo más probable era que las cenas terminaran con la cuestión de la casa de Juan Carlos, Nora se levantaba antes de terminar su plato de la mesa y se iba a ver tele al living. Más seria, más callada que de costumbre. Le señalé esa actitud. Me dijo que estaba todo bien, que dejara de pensar cosas raras.

Hasta que una tarde de sábado que Nora fue a visitar a su hermana mayor, exactamente en la otra punta de Córdoba, en Argüello, y encontré una pista de lo que estaba pasando con ella. Aunque eso no pudiera explicar todo. Había una llave para mí desconocida en el cajón de los cubiertos. Sola, herrumbrada, sin llavero, sin identificación. Se me ocurrió que podía ser la llave de la puerta de Juan Carlos. Me calcé unas ojotas y caminé bajo un sol terrible los veinte metros que separaban su casa de la nuestra. Miré para un lado y para el otro. En la calle no había ni un alma. Probé la llave, la puerta se abrió. Cerré rápido para que nadie me viera. Era inevitable sentirme un usurpador. Eché una mirada al living y a la cocina. No era ni por casualidad el lugar horroroso que Nora me había descrito por teléfono hacía tres semanas. Las paredes estaban despintadas por la humedad, agrietadas, el aire se percibía espeso, agrio, pero había detalles que contradecían esa sensación general de ruina. El brillo de algunos muebles, la manera en que estaban alineadas las sillas,

la ropa doblada con delicadeza sobre uno de los sillones. La casa ya no era un inmenso basurero. Era la mano de Nora. Sin duda. Me asomé por una ventana al patio. Ahí todo era un desastre, el otro mundo, el mundo anterior a Nora. Una auténtica chacarita: un chasis de auto, caños retorcidos, escombros, maderas de los más diversos tamaños, y el perro, que no era tan grande como lo había imaginado por los ladridos, corriendo desesperado entre esa maraña de cosas ante la presencia de un intruso en la casa de su amo. Estaba por salir, temeroso de que algún

» No hay lugar en la mesa para apoyar un plato, un vaso. La heladera, la cocina, la mesada, todo está cubierto por una capa de grasa amarillenta. Una capa gruesa, repugnante.

vecino llamara a la policía por el escándalo que armaba el perro, cuando se me ocurrió observar una de las cajas que estaban contra la pared de la cocina. Levanté la tapa con desconfianza, aunque el cartón no tenía el polvillo que esperaba que tuviera. Nora había andado *también* por ahí. Esa caja contenía una pila de revistas pornográficas. Decenas de revistas viejas, ajadas, de otra época, de las que se vendían en los kioscos protegidas con la bolsita de nailon negra. Algunas todavía estaban dentro de la bolsa original. Saqué la de arriba y cuando la abrí saltaron por el aire las fotos de Nora. Nora parada en la puerta de casa, Nora de espaldas, Nora apoyada en el cabo de la escoba, Nora caminado, Nora con bolsas de la verdulería, Nora despidiendo a nuestro hijo Ezequiel, cuando todavía vivía con nosotros, Nora conversando con la señora que vende pan, Nora con Olga y así. Treinta, cuarenta fotos de mi mujer. Fotos actuales y del pasado, con ropa abrigada, con ropa suelta, algunas de Nora mucho más joven, del tiempo de nuestra llegada al barrio. La mayoría estaban fuera de foco y tenían poca nitidez, muchas con los barrotes de la reja de la ventana

atravesando el encuadre. A un costado de la caja estaba encajada la cámara con la que seguramente habían sido hechas las fotos. Una cámara antigua, de esas alargadas, para rollo de película. Acomodé las fotos más o menos como estaban entre las páginas de la revista, cerré la caja y salí casi corriendo de la casa echando llave a la puerta. No había patrullero de la policía esperándome ni ningún vecino preocupado por la furia del perro de Juan Carlos. Deposité la llave en el cajón de los cubiertos. Sacudí el cajón para que se confundiera entre los tenedores y los cuchillos.

Nunca le dije nada a Nora sobre la casa de Juan Carlos y mucho menos sobre las fotos. Juan Carlos volvió a su casa el lunes siguiente. Lo trajo una ambulancia, casi de noche. Lo bajaron acostado en una camilla. Les costó bastante trabajo a los dos enfermeros hacerlo pasar por la puerta de entrada. A pesar del calor, Juan Carlos estaba cubierto hasta el cuello con una colcha. Tenía los ojos cerrados. Daba la impresión de que se había achicado. Olga le contó a Nora que el sobrino de Juan Carlos le había dicho que la operación no había salido bien, pero que de igual modo los médicos no encontraban sentido en dejarlo internado en la clínica. Murió esa misma semana, el sábado por la mañana. El sobrino se movió rápido. No hubo velatorio. Un grupo de gente del barrio se juntó en la vereda de su casa cuando al mediodía sacaron el cuerpo. Nora no quiso salir a la calle. Entre esa gente estaban los muchachos del taller, que comentaron que una vez le preguntaron cuánto fumaba y que Juan Carlos les había dicho que desde joven, desde que había entrado como cadete al Banco, que fumaba entre tres y cuatro etiquetas por día. Días después, el sobrino y otras personas limpiaron la casa para ponerla en alquiler. Contrataron un container para depositar la basura. Entre las montañas de desperdicios sacaron las cajas de cartón. Una de esas era la caja con las revistas y las fotos de Nora. ●

*Escritor

Recursos humanos

David Voloj *

8

CUENTO

El Gerente de Recursos Humanos aprovecha que su mujer está de viaje y va al *after office* con un grupo de compañeros de trabajo. La pasa bastante bien. Como no acostumbra beber (ni mezclar, ni probar ciertas marcas, ni mucho menos invitarles tragos a chicas desconocidas), al salir está mareado y eufórico a la vez. Siente una ligera puntada en el estómago y (muchas) ganas de beber agua fría.

Con la vista un poco nublada, sube al auto, enciende el aire acondicionado y, camino al country, recuerda que cerca del acceso principal hay un patrullero que suele hacer controles de alcoholemia. Es tardísimo y, seguramente, lo detendrán, de manera que toma el camino alternativo de tierra (bastante descuidado, con pozos y piedra bola, por el cual ya elevó una carta a la administración del complejo) e ingresa por la parte de atrás.

Cuando llega a la casa, estaciona afuera. Así evitará esas tres o cuatro maniobras que tanto le cuestan a la hora de meter el auto en el garaje nuevo. Después activa la alarma (porque, si la tiene, hay que usarla, aunque sea innecesario ya que varios guardias de seguridad rondan las calles), y entra.

Como está solo y puede fingir que es libre de dejar las cosas en cualquier parte (como antes, cuando vivía con sus padres), pone el portafolios arriba de la mesa, se quita los zapatos (ahí mismo, en medio del living) y tira el saco sobre el sillón (de cuero ecológico). No tiene sueño, de manera que planea picar algo (en la cama) mientras baja un par de series de internet. Es una buena idea. Además, ya ha hablado con la chica de la oficina para que vaya al otro día a limpiar y dejar todo en orden (tal como le ha pedido su mujer).

Después de tomar agua (del pico de la botella, porque ya no aguantaba más), vuelve al living. Entonces nota que hay algo extraño. El soporte donde debería estar el plasma, por ejemplo, se encuentra vacío. Un par de tornillos cuelgan del aplique. También han desaparecido el equipo de audio, la consola de videojuegos, el Blu-ray y la notebook que, si mal no recuerda, había dejado (junto a la taza de café) sobre la mesita ratona (o *mesa de centro* según la revista de muebles de diseño que le mostró su mujer antes de comprarla).

¿Cómo es que no lo ha notado al entrar? Confundido, apaga las luces y las vuelve a encender. Todo sigue igual (es decir, varias cosas no están donde deberían). Trata de buscarle una explicación sensata al hecho, explicación que por suerte (y por desgracia) se revela cuando un joven aparece por el pasillo. Se trata de un tipo de veintitantos años (que tiene un tatuaje abstracto, muy bien hecho, en el antebrazo), al que nunca ha visto. Lleva en manos el cofrecito donde su mujer guarda la bijouterie. Lo siguen dos sujetos más (también varones, de la misma edad, sin señas particulares), los cuales trasladan parte de los artefactos electrónicos (antes citados) y algunas prendas de su guardarropa.

» El soporte donde debería estar el plasma, por ejemplo, se encuentra vacío. Un par de tornillos cuelgan del aplique. También han desaparecido el equipo de audio, la consola de videojuegos, el Blu-ray y la notebook que, si mal no recuerda, había dejado (junto a la taza de café) sobre la mesita ratona (o *mesa de centro* según la revista de muebles de diseño que le mostró su mujer antes de comprarla).

El encuentro es inesperado, tanto para el Gerente de Recursos Humanos como para otros tres individuos, de manera que todos se quedan parados, en silencio. Es evidente que los desconocidos son delincuentes y, en ese momento, se encuentran en medio de un ilícito (agravado desde la infortunada llegada del dueño de casa, quien desde ahora puede considerarse, además de damnificado, rehén). Para romper el hielo (porque la situación lo amerita), uno de los ladrones (que usa musculosa y quizás se encuentre a cargo del operativo), dice que se trata de un robo. No es necesario dar demasiadas explicaciones, pero igual se lo aclara. El Gerente de Recursos Humanos no sabe cómo reaccionar. Se

pregunta qué debería hacer en una situación semejante. Ha construido una casa en aquel lugar (cuya seguridad, por lo visto, deja bastante que desear) para evitar este tipo de contratiempos. ¿Cómo es posible que nadie los haya visto entrar? ¿Y cómo planean escapar? Lamentablemente, cuando contrataron el sistema de seguridad para la casa, prescindieron del botón de pánico. Fue una (mala) decisión (suya). Su mujer no había estado de acuerdo, pero la instalación era bastante engorrosa y había que romper dos paredes, los zócalos y los azulejos del baño (que ya no se conseguían por ningún lado). Es cierto que, dadas las circunstancias, el bendito botón sería de gran ayuda. Si su mujer estuviera ahí, se lo haría saber.

Es una noche calurosa. Uno de los ladrones va a la cocina, abre la heladera, destapa una cerveza (rica, de la Patagonia) y la lleva al living con cuatro vasos. Sirve una ronda para todos, pero el Gerente de Recursos Humanos rehúsa la invitación porque aún tiene esa molestia en el bajo vientre. Después, el mismo ladrón abre cada una de las alacenas y, finalmente, encuentra una bolsa de papas fritas y otra de maní pelado (sin sal, que la dueña de casa eligió para controlar su tensión arterial, aunque rara vez le da por comer maní). Pronto regresa con los snacks en un plato y otra botella de cerveza (la última que queda fría).

Al Gerente de Recursos Humanos le molesta tanta confianza. Es cierto que le han ofrecido de beber y de comer (y sed, la verdad, tiene), pero la actitud es inapropiada, como también es inapropiado que el delincuente del tatuaje se levante de la mesa y, disculpándose, anuncie que irá al baño (al principal, que queda en la habitación matrimonial y tiene bidet).

El ladrón de la musculosa aprovecha para buscar la notebook entre los objetos (robados) que han dejado en el pasillo. La enciende y, luego de pedir la clave de acceso, revisa los e-mails y las novedades de las redes sociales. Por su parte, el tercer delincuente (que parece el más chico), se recuesta sobre el sillón y usa uno de los almohadones (de animal print, con motivo de cebra) de almohada.



El Gerente de Recursos Humanos comienza a inquietarse. Es de madrugada, tiene sueño y el estómago le hace ruido. La situación parece insostenible. Quien fue al baño ya debería haber regresado y el otro, el del sillón (que se ha tapado con su saco de tela *Súper 100*), ronca como una turbina de avión.

Le molesta que los delincuentes lo ignoren. ¿Es que dan por sentado que no hará nada? ¿Cómo saben que no es un experto en artes marciales que, llegado el momento, les partirá la columna vertebral de una patada voladora? ¿Y si tuviera un arma enfundada en la pantorrilla? Si fuesen empleados de la empresa, sabría cómo actuar. Puede contar con los dedos de una mano a quienes han sido capaces de mantenerle la mirada. Pero tantos años de gestión y experiencia, tantos años de estudio (en esa prestigiosa universidad privada en la que se ha graduado con honores), no sirven para esta clase de provocaciones. Cansado de esperar que pase algo (no sabe qué, pero necesita que algo pase), estira los brazos, bosteza. Después interroga con la mirada al sujeto que se ríe (a carcajadas) con lo que lee en la pantalla. Entonces, apoya las manos en la mesa con ímpetu. Y, ahora sí, logra llamar su atención.

Después de dejar el celular sobre la mesa (porque el inalámbrico está embalado junto con los demás electrodomésticos), el Gerente de Recursos Humanos se levanta, va al guardarropa, agarra un calzoncillo, una remera vieja y una toalla. El baño está libre, así que se pega una ducha rápida y decide acostarse. Enciende el velador. En la cama está el tipo del tatuaje, que frunce los párpados y, entre sueños, le pide, por favor, que trate de no hacer tanto ruido.

Al día siguiente, el Gerente de Recursos Humanos se despierta con dolor de cabeza. Ha pasado una noche pésima. Mientras prepara café y tostadas, suena el timbre. Debe ser la chica de la limpieza. Es una persona puntual, responsable, que le gusta bastante. La habría contratado si su mujer no se hubiese encariñado con esa otra

empleada que, desde que está en blanco, viene sacando licencia médica cada dos por tres. En esto piensa mientras la tostadora eléctrica se calienta. También piensa que podría hablar con su mujer e intentar un cambio en el servicio doméstico. Con probar no perderían nada. Cuando reacciona, la chica de la limpieza (que ya ha entrado) le da un beso en la mejilla y le pregunta por dónde debe empezar. El Gerente de Recursos Humanos le responde alzando los hombros. Lo importante es que, al día siguiente, cuando su mujer vuelva, esté todo impecable.

» *Es una noche calurosa. Uno de los ladrones va a la cocina, abre la heladera, destapa una cerveza (rica, de la Patagonia) y la lleva al living con cuatro vasos. Sirve una ronda para todos, pero el Gerente de Recursos Humanos rehúsa la invitación porque aún tiene esa molestia en el bajo vientre.*

El sujeto del tatuaje y el que ha dormido en el sillón se sientan en las banquetas para desayunar. Ninguno de los dos habla. Hay personas así, que se despiertan de mal humor. Como la mujer del Gerente de Recursos Humanos, a quien era (y es) preferible no dirigirle la palabra hasta el mediodía. En cambio, el tipo de la musculosa (que también se ha sumado al desayuno) no para de hablar y de contar chistes mientras unta las tostadas con manteca y dulce.

Pasan las horas. Aunque debería llamar al trabajo (porque no se siente del todo bien y prefiere quedarse), se olvida de hacerlo. Ha estado mareado casi todo el día, y las aspirinas y digestivos apenas han hecho efecto. Cuando la chica termina y se retira, uno de los delincuentes se acerca al Gerente de Recursos Humanos, le pide disculpas y, acto seguido, le pasa el celular. Dice que ha sonado varias veces pero, por una u otra razón, no le avisó.

Quien llama es su mujer. Está nerviosa. Quiere saber por qué no le responde. Tiene un tono de voz elevado. El tipo de musculosa sigue la conversación y, cuando le parece que el Gerente de Recursos Humanos dice algo inapropiado, hace un gesto (mínimo, casi imperceptible) con la boca. Entonces él se desdice, tose o cambia de tema, cosa que le molesta a su mujer, quien pierde la paciencia y, para finalizar, le avisa que llegará al otro día, temprano. Bravita la señora, dice (con cierto tonito irónico) el del tatuaje.

Al caer la noche, uno de los delincuentes propone tirar un matambre (no cualquier matambre sino ese que ha visto en el freezer) a la parrilla. Sin embargo, llegado el momento de comer, el Gerente de Recursos Humanos apenas prueba bocado. Aunque la carne es tierna y sabrosa, tiene el estómago cerrado. Dice que preferiría tomar un té digestivo y acostarse. No se siente bien, se le nota. El delincuente que parece más chico de los tres lo acompaña a la cama, le toma la fiebre y se queda a su lado toda la noche. Incluso es él quien lo calma cuando las puntadas en la ingle se vuelven insoportables, y hasta le trae un balde cuando comienza con las náuseas.

Como el Gerente de Recursos Humanos cuenta con una excelente obra social, el servicio de emergencia llega rápido. El médico que lo revisa está prácticamente seguro de que se trata del apéndice. Dice que es urgente trasladarlo al hospital para operar. Como no pudo inyectarle un calmante porque podría provocarle una peritonitis, debe aguantar el dolor. Antes de subir a la ambulancia, el Gerente de Recursos Humanos alcanza a ver el rostro de preocupación de los tres delincuentes, que quedan en la puerta de entrada. Después piensa en su mujer. Como se ha dejado el celular en la casa, no tiene forma de avisarle lo que ha sucedido. Sin embargo, ella sabrá qué hacer. Tiene carácter, decisión. Además (y esto nadie puede negarlo), su mujer siempre encuentra la forma de resolver los problemas de la casa. ●

*Escritor

Entrevista con Ana Prada

“El amor es una droga dura”

Soy Sola, Soy Pecedora y Soy Otra, es la trilogía de discos solistas de esta cantautora que con voz almibarada honra sus pecados. Es psicóloga, pero ese es el dato menos interesante. Tiene un cuidado quirúrgico por la palabra que nunca viste con demasiado ropaje. Y las canciones le salen así, casi sin envolver, ni condimentar, para escucharlas en estado puro.

Mariano Barbieri*

Se pone un poco nerviosa minutos antes de subir a tocar en Cocina de Culturas. Es una especie de incomodidad, mejor que nervios. Tiene algún dolor en la garganta o una molestia en las cuerdas vocales, ella tampoco lo sabe bien. Venía de decenas de conciertos y se dirigía hacia otros tantos más. Siempre me pareció necesario evitar los movimientos mecánicos, ese ejercicio permanente de nunca acomodarse en el futón de la confianza. Ana Prada parecía estar preparando su primer contacto con el público y esa manera de permanecer de alguna forma rubricaba lo que habíamos escuchado en sus discos: es una artista que tiene cosas para decir que superan al deseo de subirse a un escenario. Aunque siempre carismática, cuando canta no se trata de un show.

Ese día guardé mi grabador y quedamos en hablar o escribirnos para hacer esta entrevista. Quería preguntarle por la idea de simpleza, por el amor, por la libertad y por el pecado; por las mujeres en combate; por la poesía y por el ego. Pasaron varios meses y le escribí. *Encantada respondiendo a tus preguntas* – me contestó-. Y acá están.

D: Sean rioplatenses o latinoamericanas en un sentido más amplio, tus canciones siempre conservan esa impronta que creo yo es tu manera de contar las cosas: una resolución simple y muchas veces tierna, de ideas complejas, irónicas o trágicas. ¿Cuál es la importancia de las palabras en una canción, en tus canciones?

AP: Antes que nada gracias por la descripción generosa. En la mayoría de mis canciones la letra ha sido el disparador, el motor, la intención primera y última, la música en ese caso sería como el lecho, continente, torrente que lleva esas palabras e intenta que sean comprendidas más rápidamente o simplemente llame la atención del escucha para decirle lo que esas palabras quieren decir. En otras palabras, la letra es muy importante y se viste mejor o peor con la música que tiene que reflejar su contenido. Pero... a veces me ha pasado lo contrario, encuentro una linda musiquita y no me quedo del todo conforme con la letra, o siento que no me quedó tan bien o tan profunda como esa música merece. Ahí valoro más la música, que

creo profundamente que transmite mucho, mucho, mucho más que mil palabras. La música instrumental es muy poderosa a nivel emocional también. Pero en mi caso la letra quizá sea a lo que más le doy importancia.

D: *Todo lo que está naciendo es inexperto*. ¿En qué estás naciendo?

AP: Ando naciendo en muchas todo el tiempo y muriendo en otras. En esto de componer soy muy inexperta, quizá esa misma torpeza genera simpatías, así como un niño que empieza a caminar y se tambalea. Ando naciendo en sentirme definitivamente trabajadora de este oficio de componer y cantar, de andar por muchos lugares mostrando un poco de mi mundo íntimo que es muy parecido al de muchos por suerte. Me ha nacido la necesidad más clara que nunca de hacer algo útil con mi música, de comprometerme con causas humanitarias, con ese sueño eterno de un mundo mejor, más solidario, más igualitario, más generoso, menos discriminador. En eso ya estoy nacida.

» En Uruguay hay por suerte una gran movida de cantautores jóvenes muy interesante que de alguna manera toman postura frente a la realidad, aunque a veces sea no tomar compromiso claro con nada.

D: *El amor es una trampa para conservar la especie*, decís. Un proceso químico. ¿Qué parte de eso te creés? O en todo caso, ¿hay algo por fuera del amor a lo que se le pueda cantar?

AP: Creo que en realidad todas nuestras emociones tienen una base química, son neurotransmisores que van de aquí para allá y nos hacen sentir muy bien o muy mal, esa es la base del éxito de las drogas, el mundo se ve distinto después de tomarse un fernet o un vino. Pero a su vez, los producimos nosotros todo el tiempo entonces es un poco como el huevo o la gallina, el amor es una droga dura, lo dijo alguien que no recuerdo, el estado de enamoramiento es

adictivo, habría que pedir licencia en el trabajo por enamoramiento, sería la más válida de las licencias. Hay un mundo de amores distintos, todo se basa en el amor, muy hippie este comentario, pero es así. Amor a tu tierra, a tu gente, a tus hijos, a tu perro, al caballo, al árbol, al sol, a todo, a un ideal, a un sueño, sin amor nada, eso es lo que hace que existan canciones, no necesariamente al amor de pareja.

D: ¿Qué significa ser pecadora?

AP: Utilizar la palabra «pecado», en definitiva es tomar un marco normativo en referencia a una religión. Vengo de una familia atea en su mayoría, salvo mi abuela y la otra rama que es judía. En Uruguay en el año 1918 se separa la Iglesia del Estado y se transforma en un país laico, la palabra pecado naturalmente refiere a un lugar entre el bien y el mal pero sin un marco religioso fuerte.

Creo que las religiones han atacado muy especialmente cualquier lugar de goce, de disfrute. A veces se les ha ido la mano a lo largo de la historia y aun así, no han podido domar el espíritu humano y se han transformado básicamente en sostenedores de un sistema en el que resulta imposible cumplir con sus exigencias. Incluso para los propios representantes directos. También han sido expertos en retrasar los avances naturales de las sociedades.

En las religiones dominantes las mujeres siempre hemos sido colocadas en los extremos, en el lugar de madre-santa-señora o de loca, puta, bruja, interesada que hace que el héroe descarrile y pierda su razón, su fe y sus bienes. Ni qué hablar que hasta hoy nuestro conocimiento, palabra y sabiduría tiene que probar dos veces que es bueno, que sirve, que teníamos razón, antes de ser tenido en cuenta. Y que hace 50 años casi no nos dejaban trabajar fuera de la casa, ni votar, ni tener cuenta bancarias, ni, ni, ni... y que hoy a igual puesto de trabajo seguimos ganando menos que los varones. Por todo esto y más soy pecadora.

D: Sos una manifiesta militante del Frente Amplio en Uruguay. Pero tus canciones nunca –o rara vez– hacen referencia explícita a los



procesos políticos latinoamericanos. Mucho se debate en Argentina sobre la relación entre arte y militancia. ¿Cómo lees vos esa frontera, si es que existe?

AP: Lo que pasa es que me resulta muy difícil hacer una canción políticamente explícita que no me suene a panfleto. Quizá el compromiso y la composición en algún momento se revelen más claramente que hasta ahora, eso va a ir saliendo en la medida que vaya profundizando el vínculo con la gente, recorriendo, escuchando historias. Para mí el arte tiene que servir para algo, es una herramienta muy potente como para desperdiciarla, pero tiene que ser honesto, uno tiene que ser fiel a lo que piensa y siente. Creo absolutamente válido también hacer música para entretener, es necesario y muy útil siempre y cuando se haga de verdad no porque venda más o menos. Lo que me preocupa del arte es la mercantilización a tal extremo de que se pierda su más bella esencia.

D: ¿Te sentís parte de alguna generación de músicos que compartan preocupaciones similares? ¿Qué otros artistas te interesan, por su música y poesía, con quienes puedas trazar cierto parentesco artístico?

AP: Seguramente parte de alguna generación seré, no me doy mucha cuenta ahora. La verdad no le doy importancia a eso, creo que eso es un trabajo que saben hacer mucho mejor los periodistas o críticos o sociólogos que entienden muy bien todo eso. Me interesan artistas de gran trayectoria como Violeta Parra, Amparo Ochoa, María Elena Walsh, Teresa Parodi, la Negra Sosa y Zitarrosa, El Príncipe, tantos que han dejado y dejan, un legado hermoso para los que venimos detrás. Aquí en Uruguay hay por suerte una gran movida de cantautores jóvenes muy interesante que de alguna manera toman postura frente a la realidad, aunque a veces sea no tomar compromiso claro con nada.

Me gusta mucho componer con otros, tengo muchas coautorías y disfruto del proceso de crear en conjunto una canción. Ahora me siento muy hermanada en la búsqueda estética con Pata Kramer, gran compositora uruguaya, estamos haciendo muchas cosas juntas y seguramente hagamos pronto un disco.

D: Hay en tus canciones muchas referencias a la naturaleza: los camalotes, los campos tierra adentro, Paysandú, el Litoral. Pienso en las distancias y en los lugares que se dejan de habitar. En ese sentido, ¿para qué sirve cantar?

AP: Sirve para hacerte volver todo el tiempo, cada vez que canto *Amargo de caña*, o *Brillantina de agua*, o *Cada mancha de tu cuero* y otras tantas, estoy allí, realmente me dejo volver a esos paisajes y me hace muy bien.

D: Tu último disco cierra con una frase de Queyí que dice: *me estoy felizmente desacostumbrando de mí*. ¿Cuál es la función del ego en los artistas que tantas veces conduce a morderse la cola?

AP: El ego tiene que ser tu sirviente y vos no convertirte en sirviente del ego. Es una delgada línea pero muy importante. Es necesario sentirse fuerte para enfrentar el escenario y es mucho más necesario ser humilde para recibir lo que venga de la gente y nunca perder de vista que no sos nada más que alguien que tiene la suerte de tener este trabajo tan hermoso y tan extremo, pero nada más que eso. ●

*Sociólogo

Viaje de Omar

Adrián Savino*

El papá está muy mal, dijo mami. Tuvo que repetirlo porque su llanto no me dejaba entender. O quizás porque antes, en la pantalla del celular, el nombre que yo había leído era el de él, y el simple hecho de oírla a ella ya había empezado a desconcertarme. Había atendido la llamada casi risueño, dispuesto a dar inicio a nuestra costumbre de cada lunes por la mañana, seguro de que conversáramos brevemente sobre las actividades del fin de semana, los resultados del fútbol, su estado de salud tras el alta de su internación.

No me es difícil imaginar esa conversación que no fue. Yo le habría preguntado cómo estaba y él, entusiasmado por mi interés, habría comenzado a explayarse sobre todos y cada uno de esos temas. Hasta que, más temprano o más tarde, le habría interpuesto alguna fría cuestión laboral y entonces él, medio descolocado y con un casi imperceptible dejo de tristeza, habría dado respuesta a mi nueva pregunta, y comienzo al final de nuestro contacto telefónico.

La que llamaba, en cambio, era mami. Y su frase (inexacta, porque en rigor de verdad él ya no estaba) les imponía un corte abrupto a mis cansinos trámites mañaneros, para lanzarme a través del tráfico y de un lío de pensamientos: el deseo de que saliera todo bien; la idea de un mundo sin su presencia; el miedo a chocar y agregar un nuevo problema al día; las ganas de llegar cuanto antes a su departamento; las ganas de no llegar nunca.

Las casas de los recién muertos suelen permanecer abiertas, siempre me llamó la atención ese detalle. Por eso no fueron tan necesarias las palabras de mi hermana antes de abrazarme: con el reflejo de la luz diurna al salir del ascensor ya casi estaba todo dicho.

Acababan de irse los paramédicos y estaban al caer los fúnebres. Todo me resultaba más o menos extraño, tanto el dormitorio, donde él yacía y mami lo acompañaba, como el resto del departamento, donde las entradas permanentes de parientes y amigos, con sus picos aislados de dramatismo y las frases costumbristas de ocasión, me evocaban una oscura comedia de situaciones con claque no de reidores, sino de lloradores.

Vos todavía no entendés lo que está pasando, me dijo una tía al saludarme. Asentí con cara de circunstancia y nos abrazamos.

Antes de esta situación, mis pensamientos sobre el eventual velorio de un familiar cercano fueron siempre bastante fastidiosos. Me había tocado ser actor secundario, no protagonista, de ese tipo de escenas, y lo que veía venir en este

caso era un desfile de caras largas que pasarían una tras otra a saludar, cada cual con sus respectivos consuelos sacados de una bolsa de lugares comunes. Hoy pienso que esos temores provenían sobre todo de mi particular actitud en aquellos velorios vistos “de afuera”: correcto y respetuoso, tal como se estilaba, pero también demasiado atento a los detalles morbosos, y contento en el fondo de que eso que presenciaba les estuviera pasando a otros, y no a mí.

» Antes de esta situación, mis pensamientos sobre el eventual velorio de un familiar cercano fueron siempre bastante fastidiosos.

Pero esta vez, cuando por fin me tocó, el velorio inaguantable que me temía no tuvo lugar. La experiencia, si bien en general triste, fue además armoniosa y plena. Con casi todos los presentes fue agradable estar, conversar, compartir el momento. Uno de los principales temas de conversación fue, en efecto, la aversión hacia ese tipo de rituales. Alguien se refirió a la obligación legal de velar a los muertos, y yo de pronto recordé un sketch de Chespirito en el que Ramón Valdés sufría de catalepsia.

Mientras tanto, a metros o centímetros de distancia, Omar también trasnochaba. Más presente que ausente, y casi tentado de la risa.

En cuestión de pocos días, las imágenes mentales sobre el motivo de su muerte se agigantaron hasta cobrar vida propia. Por cierto que una vida algo tosca, casi berreta, como en aquellas viejas películas de aventuras por dentro de un cuerpo humano.

El interior de un vaso sanguíneo, la sangre que corre. Pegado a la concavidad, un corpúsculo gelatinoso: el Coágulo. Por la sangre circula el Antibiótico, seguido de cerca por el Anticoagulante. La misión de éste es ir disolviendo poco a poco el Coágulo, desgranarlo en fragmentos mínimos que se unan de manera gradual y progresiva al flujo sanguíneo, para finalmente ser asimilados o expulsados. Sin embargo ocurre algo imprevisto: el Coágulo se desprende entero desde la base y es arrastrado por la corriente. Va dando tumbos frenéticos contra las paredes como un kayak sin conductor (o sin remo, que sería lo mismo), microscópico y demasiado grande al mismo tiempo.

Recordé una historieta de la revista *Hum*® que en su momento le había gustado mucho,

llamada “Vida Interior”. Sus personajes eran, por lo general, criaturas feas y viscosas que jugaban pasos de comedia en lo profundo de un cuerpo humano. Imaginé un nuevo capítulo: la bacteria nacida y criada en la región intestinal, lista para emprender un viaje hacia nuevos y desconocidos puertos. Feliz de abandonar su morada en un estrecho y poco confortable divertículo, *Estreptococo* – así se llama nuestro protagonista – inicia una divertida excursión a través de los conductos sanguíneos. En el camino conoce raros paisajes – los Macizos del Yeyuno Iléon, el Delta Laríngeo – y personajes – el Subcomandante Alergia, el Espermatozoide Exiliado –. Su aparente vagabundeo sin fin queda, sin embargo, abruptamente interrumpido al llegar a la Válvula Mitral, en el Corazón profundo. Allí contempla a su alrededor y queda deslumbrado: es un paraje cálido, más que bien irrigado, óptimo para establecerse y progresar. Este es el fin del camino, piensa, mi lugar en el mundo... Mientras instala su campamento, los “locales” lo miran con desconfianza. *Estreptococo* ni los registra: puedo verlo desperezándose en un cuadrado, apoltronado como un rey, o mejor aún, como un liniero realizado.

En el cuadrado siguiente lo reconozco a Omar. El dibujo, de trazos sencillos pero elocuentes, lo muestra demacrado y algo despeinado. Acaba de recostarse en la hamaca paraguaya de mi patio, preso de un estado de somnolencia invencible. Lo llamamos para comer y se levanta a desgano. Le servimos pollo al disco, luego torta helada. Él come apenas por compromiso, dos o tres bocados y nada más. Mientras tanto, *Estreptococo* se da por descansado y pone manos a la obra: va a construir su casa. Con áridos que extrae del propio Corazón, levanta cimientos y paredes en cuestión de minutos. Se dispone a comenzar la losa al mismo tiempo que Omar viaja, en el asiento de acompañante de su *Eco Sport* blanca, desde mi casa hasta la guardia del Privado.

Omar murió una mañana de fines de agosto, solo en su departamento. Le dio un infarto mientras hablaba por teléfono con Pepe, el representante de *Il Divino Bagno*. De pronto se hizo un bache en la conversación, y Pepe comenzó a repetir su nombre sin recibir respuesta. Cortó y llamó al negocio, donde mami esperaba su llegada a media mañana.

Mami salió disparando al departamento, donde lo encontró sin vida. Intentó reanimarlo pero fue inútil. Minutos más tarde, los paramédicos le informarían que el cuadro ya era irreversible antes que ella llegara.

Pocos días atrás había estado internado por una infección cardíaca. La última vez que nos vimos fue precisamente en el Privado, donde compartía habitación con un chico flaquéisimo y envejecido, que según Omar me contó en voz baja llevaba cuatro años afrontando un cáncer óseo. Hablamos de fútbol y de política (justo arrancaba el Fútbol para Todos), y al tocar el tema de su situación me dijo que todo iba bien, salvo que la sección Internado le parecía un verdadero submundo.

Un par de días más tarde le dieron el alta. La bacteria que lo atacó había sido repelida, y le recomendaron reposo para los días siguientes. Sin embargo él decidió salir a atender asuntos de trabajo un viernes de “veranito invernal”, treinta y siete grados a la hora exacta en que Omar practicaba, por última vez en su vida, la “gimnasia bancaria”. ●

*Escritor

DE ÍDOLO MUSICAL A ÍCONO CULTURAL.



Charly García sufrió una crisis nerviosa, que provocó la falta de pigmentación en la mitad del bigote.



Es merodeo, es yire: el deseo

Cuando termine esta nota vuelva aquí y pregúntese qué le pediría a Cordera que cante para el epígrafe de hoy. Si puede responderlo, disfrútelo.

A) con los locos, los borrachos /con las putas y los guachos... /Al zaguán de un mundo liberado /al placer de un mambo marginal.

B) Lo que ves es solo una apariencia /Bamboleame el corazón, que se está por enfriar / Acercate haremos un cóctel de amor.

Juan Manuel Burgos*

Teníamos diecisiete y dieciocho años. Éramos cuatro: Ariel, Lucas, Dani y yo. Era el año dos mil cuatro, era noviembre, era una noche de verano. Salimos a bailar a Club V, en la calle Tucumán muy cerca de la cañada. Sonaba Hollywood por Madonna, Christina, Britney y Missy Elliott. Yo entré primero, al ver que se demoraban y nos íbamos a perder la coreo salí corriendo a avisarles que se apuren. Recibí de un extraño, un bife en seco que me partió la cara. “¡Corré loca!” Me gritó alguna. Y yo corrí. Nos encontramos a las dos cuadras, el tipo les había sacado un arma y les había apuntado, pero ya no nos perseguía.

No entendíamos nada de lo que estaba ocurriendo. Qué había sido todo eso. Por qué me habían pegado y nos apuntaban para hacernos correr. Dar aviso a la policía no estaba en nuestros planes. Intuición de putos. No pasaban más colectivos a Villa Allende ni a San Vicente. No teníamos a dónde volver. En realidad sí. Volvimos a la disco y nos emborrachamos hasta que lo acontecido perdió toda credibilidad. Terminé en la cama de un desconocido que se vestía de cuero negro y me prometía emparejarme el rostro si ponía la otra mejilla. Menos cristianas las amigas se fueron de after a Sucre y Colón. En la puerta las esperaba el mismo tipo del cachetazo y el arma, pero ahora uniformado. Dicen que les sonreía y las miraba fijo. Dicen que les daba asco y miedo. Una dijo que le calentaba un poco. Luego de un silencio aclaró que no sabe si el tipo, o la situación, si fue en ese momento o ahora al recordarlo después de tanto. Al salir las detuvieron, porque sí. Ariel llevaba documentos, pero daba igual. *Marche preso lo mismo*, como dice otra amiga. Por merodeo y travestismo. Dani argumentó que su ropa era unisex y que no era travesti todavía. No se te nota, le dijeron los policías del género.

Las llevaron a la seccional primera, justo esa madrugada lloviznaba y hacía frío. Donde yo estaba también llovía, pero en dorado. La vida no era rosa para ninguno pero ya tendríamos tiempo de contar la historia del color que mejor nos pareciese. No era seguro, pero nos gustaba pensar que ya tendríamos tiempo.

» Fue una marcha de mujeres no putas que han sido insultadas bajo ese epíteto y desde la ofensa quieren reivindicarse pero que prescinden de las voces de trabajadoras sexuales para hacerlo. Me pregunto qué ocurriría si todos los varones que sin ser putos fueron injuriados con esa palabra decidiesen convocar La Marcha de los Putos. Creo que iría, a yirar un poco.

Acá estamos, otra vez noviembre, diez años después. Acá estoy, recién llegado de la Marcha de las Putas en Buenos Aires. No había putas en la marcha, quiero decir, putas en serio. Pasó una por casualidad, cuando cruzábamos la 9 de Julio por Avenida de Mayo. Llevaba puestos unos tacos de acrílico, un jean ajustado, un corsé negro y un bolso magenta al hombro, el cabello alto, tirante, con extensiones, pedía permiso y resoplaba algo molesta mientras se hacía paso entre la gente. Intuyo que llegaba tarde a algún lado, a alguna whiskería, a un hotel, a una esquina, a su casa. Claro que no tengo modo de corroborar que lo que digo sea cierto, que la matriz de inteligibilidad que me

alienta a decir que esa sí era una trabajadora sexual, surge de un estereotipo representacional que llevamos muy arraigado y de algún modo reproduce aquello que esta marcha intenta combatir: los prejuicios a través de los cuales los tipos nos sentimos con derecho a endilgarle a una mina que es una puta. ¿Qué puedo decir a mi favor? Que las putas elaboran estrategias de visibilidad para ser reconocidas, que no sólo existen tipos (malos) y minas (buenas) y que, como dice el dicho, *ojo de loca no se equivoca*. Son argumentos débiles y en cualquier caso ahí estábamos nosotras las bienpensantes de clase media con un berenjenal de consignas absurdas: unas llevaban escrito “Soy Re-Puta”, otras “No soy tu puta” y hasta había un pibe que se había pintado un corazoncito en el pecho “I love putas”. Todas al ritmo de Bonnie Tyler con *I Need a Hero*. Complejo. *No es No*, dicen las mujeres: *No hay confusión posible*, y yo me pregunto qué ocurrirá con ese ex que me dijo que me puedo quedar a dormir en su casa esta noche si termino tarde, pero que no va a pasar nada para no confundirnos. Tarde: estoy muy confundido.

No sé bien por qué marché hoy, no me convenció enteramente ninguna de las consignas, marché triste, supongo que aun con todo, la categoría puta todavía me convoca. Puede que haya otro motivo: decía que acá estoy, recién llegado de la Marcha de las Putas y tengo que escribir algo sobre la Octava Marcha de la Gorra en Córdoba, a la que no asistí por quedarme a ver si *no* es realmente no, entre los putos. Salí de putas para potenciar algún placer, para estimular mi letra, también de puta: *pórñè gráphein* puro. No pasó eso, la misma cantaleta de siempre de la moral abolicionista, me dejaron claro que esta fue una marcha de mujeres no putas que han sido insultadas bajo ese epíteto y desde la ofensa quieren reivindicarse pero que prescinden de las voces de trabajadoras sexuales para hacerlo. Me



Fotografía: Manuel Bomheker

pregunto qué ocurriría si todos los varones que sin ser putos fueron injuriados con esa palabra decidiesen convocar La Marcha de los Putos. Creo que iría, a yirar un poco.

Cuando fueron detenidas mis amigas no estaban solas, había muchos otros pibes detenidos también. En realidad sí estaban solas porque esos otros pibes las insultaban, las agredían, las escupían. Los policías decidieron ponerlas a las tres en el patio del recinto, separadas por rejas de los otros pibes. Así había unos enjaulados y otras a la intemperie. Estuvieron desde las cinco de la mañana hasta las catorce horas que las revisó el médico, haciéndolas desnudar delante de todos antes de liberarlas. Mientras, no las dejaban sentarse ni apoyarse contra la pared. Cuando se acomodaban para tomar un poquito del sol que cada tanto alumbraba en medio de la llovizna las trasladaban a otra parte del patio. Durante las nueve horas que estuvieron cortando clavos de pie, sin hablar, y rogando por dentro para que sus padres no se enteren que estaban arrestadas por putos, mis amigas fueron insultadas sin descanso. Como si la violencia fuese un gran dominó y ellas las últimas piezas sobre las que caían uno tras otro los insultos. Llovía por todas partes. Desde las celdas, los pibes les tiraban té o mate cosido caliente, tratando de alcanzarlas para mojarlas más. También se tocaban el bulto y las arengaban. En el patio y en el calabozo, de una forma o de otra: todos merodeaban. ¿Cuál es el punto? Tenía que escribir sobre la Marcha de la Gorra y como dije más arriba no estuve allí este año. Tengo algunas ideas sueltas. Y otras tantas experiencias como cuando me quisieron arrestar por portar quince armas blancas que eran las gubias con las que hacía grabados en la universidad. Me pareció más importante desempolvar esa otra historia

que da cuenta de la compleja relación que existe entre el deseo, el poder, la violencia y la sexualidad.

» La consigna decía: No es merodeo, es yire y deseo. Cumplió con el objetivo de visibilizar que muchos putos, travas y trabajadores sexuales somos detenidas por busconas, por salir de levante.

Alguna vez hace unos años llevé a la marcha de la gorra una consigna que oponía frente a la figura del merodeo la del yire y el deseo, así como otros activistas oponen la figura del paseo, para exigir se garantice el derecho a la libre circulación por el espacio público. La consigna decía: *No es merodeo, es yire y deseo*. Cumplió con el objetivo de visibilizar que muchos putos, travas y trabajadores sexuales somos detenidas por busconas, por salir de levante. Que la sexualidad también se criminaliza y se reprime. Pero lo cierto es que sí: es merodeo. Qué es el deseo si no mero rodeo. Darle vueltas al machito de la esquina, como decía Lemebel. Es un mero rodeo de negros, de putas, de travas, de chongos y chongas, de tortas y de inconvenientes, de pobres, de locos, de grasas, de fumanchines, de jóvenes, de viejos. Y trato de decir lo que digo, por fuera del entusiasmo afirmativo. Yo sé que la misoginia y la homolesbotransfobia como todas las violencias del régimen patriarcal están también entre los pibes más pobres, en la periferia, en las villas. Y sé que el racismo y el clasismo circulan y abundan en el arcoíris de la diversidad. No me olvido que a mis amigas y a mí nos gritaban Laisa, utilizando el nombre de una trans como insulto. Ni que a veces salíamos

temprano de la disco para regresar tranquilas y sin tener que viajar en el colectivo de regreso con todos esos negros. Tampoco me olvido que hicimos de esa injuria una resistencia, ni que Dani se las arregló para pasarle su teléfono a un preso, sin hablar, haciendo números con los dedos de las manos y él para sonreírle en medio de tanta vigilancia pandillera. Que ningún pibe nace choro, como ningún pibe nace hetero. El arma más poderosa con la que contamos es el deseo, pero no entendido como una verdad de cada sujeto –yo deseo esto o deseo lo otro– sino como una materia sobre la que podemos rondar e intervenir hasta encontrarle la vuelta. Los lazos y las solidaridades que se están forjando en Córdoba entre las que militamos la disidencia sexual y las trabajadoras sexuales, por ejemplo, dan cuenta de estas potencias y sus desarrollos políticos. No sé a ustedes pero cuando yo leo la consigna “Más vale gorras embrollando, que la Policía matando” me imagino que las gorras que embrollan son las de tres o cuatro pibitos que se transan, o las gorras de esas tortas bien machonas que se franean en la verja de alguna casa. Pienso en esas gorras fucsia flúor con strass o animal print que usan las travas y las putas para atraer chongos. Me gusta imaginarme las calles pobladas de esas gorras y me gusta imaginármelas embrollando conmigo.

¿Se acuerdan del tipo vestido de cuero negro con el que conté que me fui la noche del arresto? Bueno, nos volvimos a ver en la marcha del orgullo de este año, avanzaba con su grupo sadomasoquista, me saludó con cara de no recordar bien de dónde me conocía. Yo tampoco estaba seguro, hasta que vi que llevaba a un sumiso con gorra de policía y la inscripción en la espalda: ABAJO EL CÓDIGO DE FALTAS. ○

*Artista y escritor.

¿Quiere usted saber cuál era nuestro destino?

Acerca del original y la copia

Más conocida como la Carta de Jamaica, su título es *Contestación de un americano Meridional a un caballero de esta isla* donde Bolívar, entre otras consideraciones, expone algunas de las razones que provocaron la caída de la Segunda República de Venezuela y avanza sobre posibles respuestas respecto del futuro de lo que llama América Meridional.

María Cristina Liendo*

“Pero ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado, se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Ícaro, se le deshagan las alas, y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil, que nos halague con esta esperanza”.
Simón Bolívar

La escueta noticia refiere el hallazgo del original escrito en castellano de uno de los textos de Simón Bolívar, considerado posteriormente de mucha importancia, fechado el 6 de septiembre de 1815, en Kingston, capital de la colonia inglesa de Jamaica, en donde éste permanecía exiliado, luego de la caída de la Segunda República de Venezuela. El manuscrito borrador más antiguo que se conocía fue escrito originalmente en inglés por el secretario de Bolívar Pedro Briceño Méndez y se encuentra en el Archivo Nacional de Colombia, registrando, además, dos publicaciones en ese idioma, una de 1818 y otra de 1825. En cambio, de 1833 data la primera publicación del texto en castellano. Del muy reciente hallazgo del original en castellano en un archivo público de Ecuador, se dice que contiene un párrafo que no aparece publicado en todas las demás versiones y que carece de la última página donde, supuestamente, estarían la/s firma/s. ¿Es en ese párrafo donde reside la importancia del hallazgo o, quizás, es en el idioma en que fue escrito? Si efectivamente se comprobara la existencia de tal párrafo, ¿cuál es su contenido y por qué razones no aparecería en la versión inglesa del manuscrito original? ¿cuál es el original y cuál es la copia? Por el momento, estas preguntas no tienen respuesta cierta y también carece de real importancia su formulación en estos términos. En cambio, sí es conveniente reafirmar la existencia de un emisor que tiene una fuerte voluntad de comunicación con un receptor, aunque ambos exceden tanto al individuo Bolívar y a su secretario, como al “caballero de esta isla”, a quien va dirigida la carta, en tanto emisor y receptor, respectivamente. El peso de la comunicación

está puesto en esa voluntad, alentada por la expectativa de poder responder la pregunta formulada por el mismo Bolívar que está en el título de esta reflexión.

Texto y contexto

Es el contexto el que vuelve muy importante al texto: estamos en guerra y tenemos un escaso conocimiento del presente que permita predecir futuros más o menos probables. Los *criollos patriotas* independentistas del sur de América son los que emiten este documento intentando seducir con su revolución especialmente a Gran Bretaña, como su receptor privilegiado, quien también oficia de modelo de forma de gobierno. Está fuera de toda duda la impronta antiimperialista y anticolonialista de la carta, puesto que se ha roto el “contrato social” que se estableció entre la Corona española y los conquistadores y se ha agudizado la represión de la Regencia, sustituta del rey, que quiere volver a sumergir a América en las “tinieblas de la esclavitud”. Esa impronta aparece matizada con una insistencia especial acerca del carácter extraordinario tanto de la situación en que se encuentra la revolución en 1815 como de los sujetos políticos que la están gobernando.

El Libertador ve una revolución en marcha y con muchas dificultades que se deben, sobre todo, al deseo incontrolado de libertad de quien ha estado sometido demasiado tiempo, el suficiente como para perder las capacidades y habilidades que, bien cultivadas y mejor ejercitadas le asegurarán el adecuado gobierno de sí. América meridional se encuentra en una forma de infancia desamparada y vulnerable pero irreversiblemente decidida a ser libre del imperio español y ambas, infancia y decisión, deben ser protegidas y guiadas hacia la madurez. La región entera se ha lanzado hacia la aventura de la libertad sólo por el efecto del instinto de aspirar a su mejor felicidad, pero pone en duda las actuales capacidades americanas “de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República”.

Hace una revista, país por país, de las diversas regiones americanas para acentuar que el panorama que ofrece la revolución, hasta ese momento, es muy complicado, que las instituciones representativas que intentaron conformar las tempranas repúblicas han fracasado por la ineficacia de las formas democráticas y, sobre todo, de las federales. La hora antimonárquica impone un paternalismo necesario que le permita a la revolución seguir su marcha para constituir repúblicas pequeñas y unitarias que puedan permanecer y afianzarse en su libertad, evitando tanto las “anarquías demagógicas” cuanto las “tiranías monócratas”. Valiente anticolonialismo y antiimperialismo que se fortalece frente a la carencia de una unión, de una alianza que termine de consolidar lo ya recorrido y que queda expresada en “la idea grandiosa” de formar una sola nación.

El contexto actual

Es casi innecesario señalar que el texto y el contexto de 1815 no agotan la grandeza y la dignidad del Libertador en la totalidad de su gesta americana ni –mucho menos– en sus capacidades y praxis políticas. Como refiere Arturo Roig, Bolívar se está siempre excediendo a sí mismo. Es muy notable su capacidad de analizar con detalle marcando las oposiciones, los contrastes y discrepancias que imprimen las contingencias y las dificultades revolucionarias en cada país de América meridional. Pero más notable aún es que, precisamente por ello, se haya abocado a la idea de la integración desconociendo las diferencias que él mismo se había ocupado en señalar y esperando que sólo la imposición ya internalizada de la lengua, las costumbres y la religión y el deseo de la independencia política y jurídica respecto de España operaran como aglutinantes. En la hora actual es necesario volver a pensar la integración bolivariana desde las diferencias, sin regresar a la idea original del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1824, esto es, reformular nuestra percepción de la integración como transcurso y preguntarnos desde qué perspectivas es la integración una meta deseable, quiénes serían sus actores principales y si el proceso integrador debiera ser sólo una simplificación armonizante o, más bien, implica atender a una creciente y conflictiva complejización de nuestras sociedades. Pretender integrar no es homogeneizar sino entrar en los aprietos, las incomodidades y las discordancias de la conflictividad social, es considerar procesos diversos de integraciones en sus variadas dimensiones, ya sean políticas, económicas, culturales o sociales, que no siempre se efectúan en forma conjunta ni mucho menos acompañada. La creciente conciencia de las diferencias es la que va fortaleciendo la construcción de procesos de integración más regionales.

Este es el desafío que en estos momentos recoge, desde la memoria histórica de nuestra América, proyectos como los de la UNASUR, que se propone construir una identidad y ciudadanía sudamericanas, para desarrollar una regionalidad integrada, esta vez de manera holista, tratando de conjugar lo cultural y lo social, además de lo político y lo económico y contemplando, además, problemáticas ignoradas anteriormente tales como infraestructura, energía y medio ambiente, como fortalecedoras de la democracia. ●

*Investigadora CIFYH. SECYT. UNC

El edificio

Capítulo 6

Cuqui*

Él va entre las góndolas del supermercado a la siesta, no hay nadie. No tanto por eso, sino porque estuvo todo el día de ayer –domingo– sentado mirando películas en YouTube, durmiendo de modo intermitente y hoy durmiendo también y se quedó sin nada para comer. Luego de dos días sin ducharse ni cambiarse la ropa interior... no, casi tres días, se bañó y salió al supermercado. Le llamaron la atención un montón de cajas vacías apiladas. Fantasea con mudarse alguna vez y ver todas esas cajas, aunque más bien chicas –no serían tan útiles, o sí, para no levantar tanto peso– le dieron ganas de irse a vivir a otra ciudad.

Pero olvidó rápido su fantasía al tener que juntar sus tres bolsas llenas. Salió del supermercado y esa cuadra y media hasta su departamento le airearon el cerebro. Antes de salir tuvo que levantar una persiana para ver cómo iba vestida la gente, si con mangas largas o cortas. El vidrio estaba un poco fresco pero se veía el sol. No sabía. Y tan encerrado no tenía la menor idea. Así que con una camperita de algodón liviana solucionó su conflicto.

A menos de media cuadra del edificio divisó a un chico joven, de unos 20 años, con una bolsa de pan y algo más en la mano. Iba hacia el ingreso. Aminó el paso para no tener que subir con él. Lo logró. Entró, llamó al ascensor y escuchó que alguien abría la puerta de ingreso a su espalda mientras un ascensor bajaba y el otro subía hasta el octavo con el chico del pan. Habría que compartir el ascensor.

Con toda la simpatía del mundo, saludó a la señorita, una chica muy joven, también de 20 años como mucho. Mientras se acomodaban dentro del ascensor, le preguntó a qué piso iba, para marcar. Octavo. Qué casualidad. Básicamente la simpatía se le había terminado con el “hola” y se reservaba para el “hasta luego” cuando ella bajara. No tenía interés en preguntar nada sobre ninguna carrera ni exámenes. Menos que le preguntara algo a él. Se suponía que por la edad –casi 40– ya debería tener un buen lugar en la sociedad. Sólo tenía un lugar bien ganado y respetable en su sillón. Y en la cama para dormir.

» Entró, llamó al ascensor y escuchó que alguien abría la puerta de ingreso a su espalda mientras un ascensor bajaba y el otro subía hasta el octavo con el chico del pan. Habría que compartir el ascensor.

Apenas comienzan a ascender, empieza la tarea de mirar un punto fijo entre el techo y el casi techo. Si hubiera tenido un celular lo hubiese revisado, pero con tres bolsas y sin celular... No sabe qué hacía la chica porque no la miraba. En eso la mira por un movimiento brusco y ve su cara de susto, cómo se le salen los ojos de las órbitas sin emitir sonido y es chupada por el ascensor hacia atrás. El ascensor se detiene en el piso ocho. Él no se da cuenta. Se queda mirando el espacio vacío donde estaba la estudiante. No entiende.

Llaman al ascensor desde el quinto piso. Cuando las dos personas que van a subir lo ven dentro con las bolsas, le preguntan si baja o sube. Él no contesta. Bajan. Él aprieta su piso y sube.

Capítulo 7

El día martes a las 6 am, tal vez un poquito antes, escuchó que iban armando la feria de frutas, verduras, flores, pescados y huevos. Se levantó a desayunar y a leer alguna revista. Apenas terminó no quiso hacer nada de todo lo que tenía para hacer, aunque sea limpiar su casa. Entonces fue hacia el interruptor de luz y lo apagó para seguir durmiendo. Y así siguió hasta el mediodía. Cuando se volvió a despertar, muy cansado, se dijo que tenía que levantarse sí o sí para ir a hacer su compra semanal.

Entonces se levantó, se cambió, se peinó. Buscó algo de dinero. Cuando quiso salir vio que la puerta no abría. Intentó de nuevo. No abría. No era la llave, se veía que no era la cerradura. Tampoco era una puerta de madera trabada por la humedad. Simplemente no abría, como si alguien hiciera fuerza del otro lado. Pero eso no podía ser.

Creyó que era algo que le parecía a él. Entonces se sacó la ropa y se acostó de nuevo. Pero le dio hambre. Tenía algo para comer, así que se preparó unos ravioles con zapallitos. Y ahí sí se acostó, previo ver una película de Stephen King en YouTube, con audio latino. A la tarde se levantó precipitadamente al oír unos gritos. No sabía si hacerse el que no había escuchado y seguir con su vida o cambiarse y salir a ver qué pasaba. Optó por seguir con su vida pero haciendo mucho silencio, como si no estuviera, para que no le reclamaran nada.

Cuando pasaron los gritos y todo el movimiento en diferentes pisos, también se notaba un movimiento inusual de los ascensores, se acercó a la pared al lado de la puerta y escuchó una conversación de los vecinos de su piso en el palier. Que una señora se había quedado encerrada dentro de su departamento. Que tampoco podía abrir las ventanas y que salía agua de las canillas. Sin embargo, cuando quiso entrar la policía no tuvieron que forcejear ni nada, la puerta se abrió sola, las ventanas se abrían y cerraban si las abrían o cerraban. Pero el piso estaba completamente inundado. Como vive sola y es grande, piensan que tiene principio de Alzheimer. ○

*Escritora

1918
Librería

LIBROS Y REVISTAS UNIVERSITARIOS
PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DE LA UNC

Frente al Pabellón Argentina, en Ciudad Universitaria

Consulte nuestro catálogo completo en:
www.unc.edu.ar/institucional/perfil/editorial

libreria1918@gmail.com | Fb libreria 1918



“Tengo más de treinta mil afinaciones encima”

La figura de Miguel Puch es un emblema en el circuito musical de Córdoba. Con poco más de cincuenta años, es un referente indiscutible como afinador de instrumentos de teclado. Su taller de pianos tiene un gran presente y su vida tanto profesional como personal, es una auténtica historia extraordinaria.

Julián Barbieri*

“Nací el 21 de noviembre, un día antes del Día de la Música. Mi viejo solía decir que nací un día antes porque tenía que afinar los instrumentos”. El menor de cuatro hermanos, Miguel se crió en medio de instrumentos desarmados y discos sonando en su casa. Lejos de querer retirarse, está feliz con su presente y nunca deja de proyectar para el futuro.

El piano es un digno representante de la sociedad moderna. Ha definido la cultura occidental mejor que cualquier otro elemento, a pesar de ser el instrumento más nuevo. “La música clásica antes era también música popular, la burguesía y el pueblo estaban más mezcladas. Por ejemplo, hoy hay cosas que alejan a la gente común de la música clásica, como eso de no aplaudir al finalizar los movimientos, cuando antes no era así. La gente aplaudía, comía, hablaba, si le gustaba algo lo gritaba, era mucho más ruidoso todo. Las oberturas por ejemplo, se usaron en un momento para que la gente se vaya callando mientras entraba al teatro. Después las clases altas alejaron al pueblo de esta música. El paradigma social de la música clásica ha cambiado mucho ahora, las piezas se ven como piezas de museo, mientras que antes eran parte de la realidad”.

– Vos venís de una familia de afinadores.

– Sí, mi viejo era un genio loco que en realidad era ingeniero, pero amaba los instrumentos y hasta el último momento de su vida estuvo con los instrumentos desarmados en su casa. Yo aprendí así. Me he mandado cada cosa en su casa, pero como era el más chico de la familia siempre me perdonaba, era el consentido. Mi viejo era un inventor nato, trabajó en la Fábrica de Aviones, entre otros lugares. Además era organista, y un melómano de la música clásica, sobre todo de Bach. Me solía decir que en Bach estaba todo, desde los Beatles hasta Piazzolla, Chopin, todo. Bach era un laburante de la música, ahora hay otra concepción del músico, como si fuese un iluminado. Siempre digo que Liszt fue la primera estrella de rock (risas),

ahí es cuando empieza a tomar importancia el artista, el músico. Cuando en realidad es solo un músico, ni más ni menos.

– ¿Hace cuánto que trabajás como afinador?

– Es algo que hice toda la vida, al primer piano lo afiné a los trece años. No como algo profesional, pero en fin... Después mi hermano, que no se terminó dedicando a eso, me enseñó un poco, lo hacíamos para hacernos unos pesos de chicos. Después le afiné el piano a una compañera de la escuela, y más tarde la gente me empezó a confiar los pianos. Me sorprendía que la gente le confiara algo tan valioso como un piano a un chico tan chico como yo en su momento. Entonces ahí, mi viejo, que era un tipo muy derecho, me

» *Bach era un laburante de la música, ahora hay otra concepción del músico, como si fuese un iluminado. Siempre digo que Liszt fue la primera estrella de rock (risas), ahí es cuando empieza a tomar importancia el artista, el músico. Cuando en realidad es solo un músico, ni más ni menos.*

dijo que si me iba a dedicar a esto estudiara sobre eso y le diera seriedad al asunto. A mí también siempre me gustó mucho meter mano, saber cómo funcionaban las cosas, reparar. Arreglar las licuadoras, el televisor, etc. Era un buscavida. Si bien mi familia era de clase media, éramos cuatro hermanos y no sobraba la plata. Mirando atrás fueron varias cosas que me llevaron a ser lo que soy: yo era muy idealista con la música y rápido me dije que vivir de la música que me gustaba, como Pink Floyd o King Crimson, no iba a ser posible. Entonces, me di cuenta que con la afinación lograba vivir de la música pero sin sacrificar otras cosas. Me acuerdo que a los 18 años por ejemplo, tuve la oportunidad de tocar con artistas como Carlitos Rolán o Cacho

Buenaventura, pero eso a mí no me interesaba en su momento. A lo mejor ahora he cambiado mi forma de ver esas cosas. Mi viejo quería que yo toque en la sinfónica, que estudiara el fagot, que era un instrumento de los que hay pocos, que era seguro y que iba a tener un sueldo, etc. Pero yo veía a los instrumentistas de la sinfónica bostezar a cada rato y dije esto no es para mí. Quizás fue un error pensar que no iba a poder vivir de eso. Hoy a los chicos les aconsejo al revés, que apuesten a la música, que no aflojen. Sin embargo seguí tocando, pero sólo lo que yo quería hacer.

– Bueno, también te salieron hijos músicos.

– Sí, es cierto. Hoy quizás hubiera transado un poco más con eso, ser más flexible. Después tuve la suerte de hacer una gira como músico en Italia en el 89. Tenía 26 años. Eso me abrió mucho la cabeza, porque yo de ser muy cerrado, de solo escuchar cierta música selectiva, pude apreciar otras cosas. Al ir a Europa hicimos un muestreo general de todo tipo de música latinoamericana, y poder verlo como algo exótico desde afuera, es decir poder ponerme en el lugar del extranjero me abrió mucho la cabeza.

– ¿Se puede concebir ser afinador sin tocar?

– Todos los afinadores tocamos, estamos todo el tiempo con el piano, medio que va junto. Sería muy raro ver que no toquen. A veces los pianistas me piden cosas, y para eso yo tengo que tocar. Creo que uno de los éxitos míos fue darle con el gusto al pianista por saber tocar algo.

– Sos el primer nombre que le salta a la cabeza a la gente cuando se habla de afinación de pianos. Mirando atrás: te ha ido muy bien.

– Creo que eso tiene un poco que ver con que la música es para mí el mejor regalo de Dios, o del Universo, o de lo que sea. El arte para mí encarna la esperanza de la humanidad. La cuestión artística fue mi apuesta: si no voy a



meter mi música, entonces voy a meter todo en mí para que hayan muchos conciertos y música, etc. He ido muchas veces a afinar gratis, nunca estuvo la plata en mi objetivo, si no hubiera elegido otra profesión. O sea, yo quiero vivir de esto, y enseñar el oficio a otros, pero es todo un tema: cobrar. Mezclar la plata con el arte es un tema delicado. A mí me cuesta cobrar a veces, porque es mi forma de apoyar a la música en todos lados. Yo quiero ser artista, no comerciante. Sin embargo, por suerte económicamente me ha ido bien.

–*La afinación: ¿qué relación tiene con la lutería?*

–En realidad los lutieres son los que fabrican instrumentos, nosotros somos técnicos de piano. Aunque fabricamos algunas piezas de piano, recordemos que el piano es un objeto industrial desde sus inicios. Hay marcadísimas excepciones que han construido piano en sus casas, y de hecho uno de mis proyectos para la vejez es ese, pero nuestro oficio no se trata de fabricar sino de reparar. Si uno compara las horas que lleva construir un violín y la cantidad de material, y las horas que lleva construir un piano y la cantidad de material, entonces el piano es un instrumento muy barato. El piano tiene como 50.000 piezas, de precisión, relojería, etc. Pero como lo hace una industria y lo fabrica en serie se vuelve más barato. Hay un error común que la gente comete, que es pensar que como los violines *Stradivarius* del siglo XVIII son los mejores, creen que con los pianos viejos pasa lo mismo, y no es así. El piano, a pesar de que nace en la cuna de la artesanía, es un instrumento industrial.

–*Vos trabajas mucho, al punto que cuesta encontrarte en un momento libre. ¿A eso cómo lo manejas?*

–Cuando empecé los primeros años me costaba. Después, cuando pasé las cinco mil primeras afinaciones me empecé a acostumbrar. Tengo un récord de nueve

afinaciones en un solo día. Encima acá, donde las instituciones son muy desorganizadas, me llaman siempre a último momento; y yo encima los malcrío, porque siempre les digo que sí. Ahora en estos últimos años yo tengo a mi hijo que me ayuda y todo un equipo detrás, además que los años no vienen solos, por eso estoy intentando cortar antes. Solía hacer cinco o seis afinaciones de pianos por día, ahora no llevo más ese ritmo. Trato de evitarlo

» *El piano, a pesar de que nace en la cuna de la artesanía, es un instrumento industrial.*

porque realmente te agota. La afinación de un piano lleva mucha concentración y atención. Los norteamericanos, que tienen ranking para todo, tienen uno para los diez trabajos más estresantes y entre esos está el de afinador. Es una tensión constante, vos tenés que afinar 240 cuerdas y las tenés que dejar en un punto, no en otro. Estás haciendo mucha fuerza con una llave que tiene que ser muy controlada, son movimientos milimétricos a veces. Llegué a sufrir bastante de las cervicales. Por eso tengo que aprender a manejar los tiempos con el laburo y la familia. Además, a mí me gusta mucho viajar con mi profesión, incluso si tengo que perder plata.

–*¿Cuántas afinaciones tenés encima a esta altura?*

–Más de treinta mil. Llevo un registro de todos los años. Hay todo un contexto del porqué. Después de tantos años de hacer esto se ve que tan mal no lo hago. Además, muchos de los afinadores viejos se fueron muriendo, la gente joven no se dedicó a esto, otros se fueron a vivir a otro lado, entonces me dejaron el campo abierto también. El laburo fuerte empezó cuando afiné un piano que lo tocó Humberto Catania, un pianista célebre de Córdoba, que me recomendó, y así vino otro gran pianista, Dante Medina. Siempre digo que les debo mucho a ellos también.

–*En este oficio, digamos familiar, veo que tenés un recuerdo muy lindo de tu viejo.*

–Sí, yo soy lo que soy gracias a mi viejo. Él realmente era el genio, el tipo sabía de todo. Yo siempre le consulté, empecé ayudándolo de chico hasta que se puso más grande, y después lo terminé llevando a él a que me ayude, mirá vos las vueltas de la vida. Cuando me preguntan qué hago, yo digo: soy técnico de piano, órgano de tubo y armonio, pasa que me dediqué más al piano. El órgano es una profesión más solitaria, estás solo en una iglesia, mientras que la afinación del piano es una cuestión más sociable.

–*¿Cómo ves el piano en la actualidad? Sé que es una pregunta muy amplia que puede incluir la afinación como oficio, la atracción de los jóvenes al piano o el piano en la música grabada.*

–El piano no es lo que fue en una época, donde todas las mujeres tenían que estudiar piano, algo que te daba estatus, aunque un poco de eso todavía hay. Mucha gente cree que el piano ha muerto, que es de otra época y, sin embargo, en los últimos cincuenta años es cuando más pianos se fabricaron en la historia del instrumento. La verdadera revolución del piano es hoy. Un poco gracias al mundo de la música clásica que nunca aceptó el piano eléctrico, pero sobre todo por la entrada de la cultura occidental en oriente. La introducción del piano en países como China o Japón ha dado lugar a una nueva revolución del piano. Están fabricando muchos pianos y mandando a sus hijos a estudiar música clásica, mientras que acá en Argentina pianos nuevos se venden muy poquito. Seguimos reciclando pianos viejos y siguen andando.

La música clásica es la primera en la utilización del piano como instrumento, después están el jazz y el tango, que todavía quieren un piano, y por último los músicos del rock y de la música popular que aceptan pianos eléctricos o digitales. Además, ahora hay librerías digitales de todo tipo de instrumentos, pero nunca es tan real como el instrumento genuino. De todas maneras, en instrumentos digitales muy buenos a veces es difícil notar la diferencia con los pianos acústicos.

–*¿A futuro tenés algún plan?*

–Creo que me voy a morir afinando pianos (risas). Pero también me interesa tocar más, me están presionando unos amigos para retomar la grabación de un disco, sin apuros. También quiero volver a juntarme con *Ay que qué*, un grupo de composición espontánea que tengo con amigos. También me interesa como te dije la construcción de un piano artesanal, experimentar con la construcción de algunos instrumentos, continuar con la venta y reparación de pianos en mi taller de pianos y el proyecto de la investigación de afinadores en la historia del piano. También disfruto de otras cosas. Tengo una huerta en mi casa y estoy priorizando mi salud. Disfruto mucho de viajar, me encanta el campo, las montañas y el mar. El estrés del escenario es difícil de aguantar, vos sabés. ●

*Músico, tecladista de *Viaje a un Minúsculo Planeta*

Todas las primaveras sin Monsanto

Flavia Dezzutto*

“Apenas vino el primer calor, los frutales antes secos, se rodearon de un halo verde que ahora es flor blanca. Sin preguntas y cuando corresponde, cada árbol hace lo que mejor sabe.”

Macky Corbalán, *El acuerdo*, 2012.

20

CRÓNICA

La tarea de escribir una breve reseña de las intervenciones artísticas en el acampe contra la instalación de la empresa Monsanto en el municipio de Malvinas Argentinas no puede circunscribirse a la mera crónica de la presencia de una pluralidad de expresiones del arte, o de la realización de actividades a él asociadas.

Se trata de dar cuenta de algunos modos de resistencia y lucha que hacen del arte, de las formas colectivas y participativas del arte, una práctica y un lenguaje sustantivo.

El proceso de autoorganización de los vecinos de Malvinas Argentinas, su capacidad de pensar vías de resistencia contra una multinacional de la envergadura de Monsanto que cuenta con fuertes aliados y socios en el gobierno municipal, provincial, y cuya política de inversiones en Argentina ha sido avalada por el gobierno nacional, tiene un enorme valor político del que es necesario aprender.

Buena parte de la creatividad comprometida en este proceso iniciado en 2012, con las primeras reuniones de vecinos/as alarmados por la inminente llegada de esta multinacional a Malvinas Argentinas, involucra la comunicación y comprensión de los presupuestos e implicancias de un diseño agroalimentario que amenaza a la vida en todas sus manifestaciones, y expresa el proyecto del sistema capitalista mundializado en materia alimentaria.

En efecto, explicar qué implica Monsanto como una empresa de agroquímicos con capacidad de influir en la política de las regiones en las que se instala, con el poder para modificar, alterar y liquidar los modos de existencia de comunidades enteras, no es un desafío menor.

» Es relevante notar que el Primer y Segundo Festival Artístico “Primavera sin Monsanto” fueron auspiciados por una numerosísima y variada cantidad de organizaciones sociales.

De igual modo, celebrar la vida ante el enorme poder de un proyecto de muerte, la vida que lucha, que no se resigna, que resiste y en su resistir avanza y crea sociabilidades nuevas, comprensiones políticas más profundas, miradas alternativas que rechazan el fatalismo de la fuerza de las cosas, exige la fiesta del arte, de la música, de la pintura, del teatro, de la voz de los pueblos que se levantan y cantan su propia canción.

Se trata de sostener una lúcida alegría en medio de la hostilidad de los gobernantes, de las presiones del poder económico, y de la represión estatal y paraestatal.

Conviene señalar entonces que el actual bloqueo a la planta procesadora de semillas de maíz propiedad de Monsanto comenzó el 19 de septiembre de 2013, en la víspera del Primer Festival “Primavera sin Monsanto”, convocado por la Asamblea Malvinas Lucha por la Vida, por las Madres de Barrio Ituzaingó Anexo, y un número importante de organizaciones socioambientales que a partir del juicio por las fumigaciones de barrio Ituzaingó se ha congregado en CASA

(Colectivo de Asambleas Socio Ambientales de Córdoba), junto a Tribu Verde, Córdoba Se Mueve, vecinos/as de Villa La Maternidad, Paren de Fumigar, Causa Sur, Córdoba Ciudad Despierta, MOCASE vía campesina, MCC (Movimiento Campesino de Córdoba).

Ese Festival, que tuvo lugar en la puerta de acceso a la Planta, contó con la intervención de músicos populares como Negro Cheto, Carli Jiménez, Perro verde, Ole blando, Sikuris del viento, Brote Mestizo, Plantas, Calle Vapor, Índigo, La Vaca Multicolor y Contraflor, y con una concurrencia nutrida, que participó de ferias, pintadas, títeres. Aquel Primer Festival anunciaba la realización de dos charlas públicas, a cargo del Dr. Andrés Carrasco, Director del Laboratorio de Embriología Molecular del Conicet-UBA, y de Nora Cortiñas, de Madres de Plaza de Mayo, Línea Fundadora, poniendo en evidencia que este Festival, como el efectuado en septiembre de este año, así como los diversos encuentros artísticos que han tenido lugar en Malvinas Argentinas o en otros lugares con relación al conflicto, buscan ampliar la conciencia de los involucrados/as de modo directo o indirecto por el modelo agroalimentario que propugna Monsanto.

Esta conciencia y las prácticas que de ella se siguen, tienen como eje a los Derechos Humanos y a la soberanía alimentaria, asuntos íntimamente asociados, que ubican a la cuestión de los derechos socioambientales en el centro del debate político y cultural.

En tal sentido es relevante notar que el Primer y Segundo Festival Artístico “Primavera sin Monsanto” fueron auspiciados por una numerosísima y variada cantidad de organizaciones sociales, que



Fotografías: gentileza de "El ojo Parlante"



muestran la gravitación de esta lucha y su capacidad de orientar y contener las inquietudes de vastos sectores del campo popular, en los que resuena de modo especial el problema de la tierra, sea en zonas rurales como en espacios urbanos, como es el caso de la prolongada lucha protagonizada por los vecinos/as de Villa La Maternidad en contra del desalojo impulsado por el estado provincial y sus socios empresariales.

Durante el último año han sido muchas las actividades artísticas y de debate realizadas en Malvinas Argentinas, así como el apoyo de referentes del mundo del arte, la cultura, los DD. HH., en Argentina y en el mundo, por ello la segunda edición del Festival "Primavera sin Monsanto", convocada con el lema "Volá Monsanto", ha excedido las fronteras de la provincia y del país, en cuanto a su concurrencia y a su repercusión. En este Segundo Festival Latinoamericano, acontecido el 20, 21 y 22 de septiembre en el Acampe por la Vida de Malvinas Argentinas se redobló la apuesta de lucha y conciencia nacida en el bloqueo, con charlas, mingas, talleres, números artísticos/musicales, proyecciones, radio abierta y feria. Algunos de los artistas que ya habían participado del Primer Festival se hicieron presentes, y se incorporaron otros, la lista de músicos/as incluyó a Carly Jiménez, Rubén Patagonia, Jauría (Ciro Pertusi), Perro Verde, Plantas, A Fuego, La Cruza, Siluros del viento, Rimando Entreversos, Caminando Tranqui (Villa Fiorito), Palin Possetto, La Contraparte, Alma, Tranqui Punki, Megapotencia, Poncho de Quebracho, El Mulato, Chori de Algarroba, El Rodiyon y De K-ravana.

Las charlas desarrolladas en el marco del Festival tuvieron como invitados a la médica pediatra Aleida Guevara (hija del Che Guevara), Damián Verzeñassi (profesor a

cargo de la cátedra "Salud socio ambiental", en la Facultad de Ciencias Médicas de la UNR), Nora Cortiñas (Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora), Medardo Ávila Vázquez (Red Universitaria de Ambiente y Salud - Médicos de Pueblos Fumigados), Claudio Lowy (ingeniero forestal. Master en Desarrollo Humano Sostenible). Resulta de importancia observar que estas charlas reflejan una creciente preocupación por ampliar la comprensión integral de los factores en juego en este conflicto socioambiental, de gran envergadura política, económica y cultural.

» Las charlas, talleres, mingas, y demás espacios de intercambio y conversación política fecunda, han tenido y tienen un rol invaluable en la conformación de saberes y prácticas que aporten a una vida plena y justa para nuestros pueblos.

Al respecto es necesario recordar que el Segundo Festival "Primavera sin Monsanto" se efectuó en el contexto de una compleja coyuntura política, en el que el decano de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la UNC, Marcelo Conrero, había suscrito un convenio con la empresa Monsanto, rechazado por la Asamblea de Malvinas y otras organizaciones populares, en especial ligadas a la cuestión socioambiental, y también por las máximas autoridades de la

+ info

E-mail de contacto Asamblea Malvinas Lucha por la Vida: asambleamalvinas@gmail.com

UNC, en la persona de su rector Francisco Tamarit, la vicerrectora Silvia Barei y del Consejo Superior de esa Casa de Estudios, en consonancia con una posición de apoyo a la lucha de los vecinos/as de Malvinas Argentinas en vigencia desde el año 2012.

Más allá de estas categóricas impugnaciones al intento de convalidar las acciones y pretensiones de Monsanto por medio de la legitimidad provista por la institución universitaria, y del vasto rechazo que provocó la firma del convenio luego derogado, es claro que en las discusiones acerca de la peligrosidad de la instalación de la Planta en Malvinas Argentinas asomó una contraposición especialmente relevante respecto del lugar de la ciencia y de los saberes en juego en este conflicto. Tanto en las actividades que se llevan a cabo cotidianamente en el marco del bloqueo y el Acampe, como en las realizadas en los dos Festivales mencionados y en otros de similar propósito, se hace perceptible que a las afirmaciones que se apoyan en una ciencia supuestamente neutral y aséptica, se contraponen otro saber, que no desdén en absoluto la discusión científica, pero que propone otro sujeto para ese saber, y también otro destino para él.

Hablamos de un saber popular, que se construye con los pueblos y para los pueblos, que no carece de rigor y de conceptos sólidos, pero que no los ofrece en los mercados de la ciencia como instrumento del poder de las grandes empresas, nos referimos entonces a un saber en el que el conocimiento procede de quienes se involucran en la vida cotidiana de nuestras comunidades, surgido de los vecinos/as, académicos/as, militantes, artistas, trabajadores/ras.

Es así que las expresiones artísticas que se han hecho cargo y han tomado partido en este conflicto, en sus diversas manifestaciones y procedencias, han dado lenguaje y sentido para entender qué está en juego en Malvinas Argentinas. Igualmente las charlas, talleres, mingas, y demás espacios de intercambio y conversación política fecunda, han tenido y tienen un rol invaluable en la conformación de saberes y prácticas que aporten a una vida plena y justa para nuestros pueblos.

"Sin preguntas/ y cuando corresponde, cada árbol/ hace lo que mejor sabe", decía la poeta neuquina Macky Corbalán, militante de la poesía y de la dignidad del povero de las periferias del mundo "civilizado" y "rentable". Así también los vecinos/as que luchan contra Monsanto en Malvinas Argentinas y sus compañeros/as de distintos oficios, pensamientos, latitudes, hacen, cuando corresponde, lo que mejor saben: mantener en alto, en la calle, en la ruta, con el arte, con el cuerpo, la esperanza activa e invencible de los que resisten y crean sus propios caminos de emancipación y libertad, para ellos, para todos/as. ●

*Docente e investigadora de la UNC

Enciclopedia ilustrada del niño menemista

Algunos objetos e imágenes que nos acompañaron en la infancia se convierten en hitos y testimonios de una época. Revisarlos, catalogarlos y redefinirlos, es un ejercicio de nostalgia y reflexión. Lo que sigue es parte de un compendio de alguien que arrancó el jardín de infantes en 1989 (año electoral) y terminó el colegio secundario en diciembre de 2001.

Juan Pablo Bellini*

22

ARTES VISUALES



uniforme

el niño menemista
quiere pertenecer



nirvana

pirotecnia portátil
del niño menemista



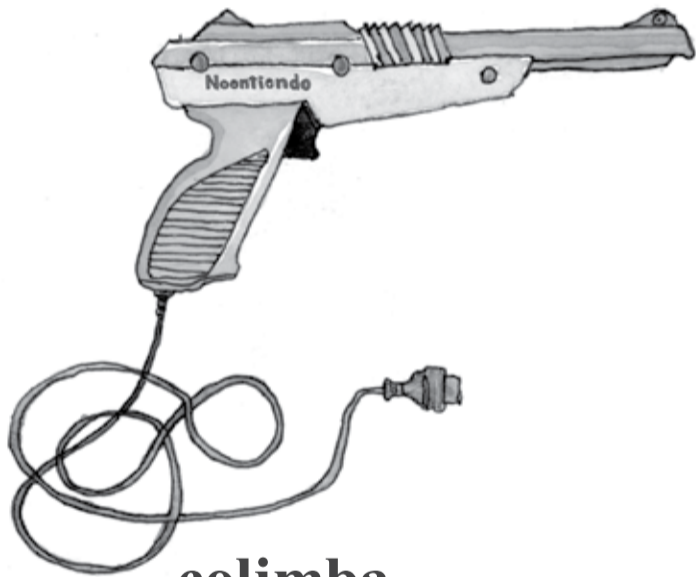
política

el niño menemista mueve la cintura
al ritmo del capitalismo



astronomía

el niño menemista tiene
particular interés en un planeta



colimba

¿dónde se consigue ese videojuego?



dogma

el niño mememista necesita
que sus amigos le confirmen
que está todo bien

F.R.I.E.N.D.S

futuro

proyección del niño menemista



todo

es mentira

Superhéroes del subsuelo

Juliana Rodríguez*

24

CRÓNICA

Si las convicciones ideológicas fueran igual de absolutas en otros campos, el mundo podría dividirse entre los que aman los caramelos media hora y los que creen que son una bola de brea; entre quienes vociferan que Yoko Ono fue la Maléfica que dejó una manzana envenenada en el estudio de los Beatles y los que la ven como una artista con voz propia; o entre los que defienden a Batman como el superhéroe paradigmático y los que lo señalan como un burgués que aplaca el aburrimiento con sus juguetes de filántropo. Si el Hombre Murciélago fuera candidato a diputado, en este momento el subsuelo de la Galería Cinerama sería a la vez su búnker y su mausoleo.

Cumple 75 años Batman (el de los cómics, los de las películas son en plural y son tema de discusiones partidarias más enfervorizadas) y los seguidores del superhéroe sin superpoderes tomaron el aniversario como excusa para organizar un encuentro que lo celebre, como tantos otros en el mundo, pero a escala cordobesa. Es un sábado a la tarde, teñido de esa modorra melancólica-casi-depre de los fines de semana en el centro. Llego a la galería Cinerama convencida de que voy a encontrar a cinco o seis fans dispersos, pero las entradas están agotadas. Los devotos salieron todos juntos de la baticueva.

Al igual que otros eventos de fandom, la mayor parte del subsuelo está ocupado por stands que venden réplicas del personaje, sus amigos y enemigos; cómics y otras chucherías de culto. Lo esperable. Lo que le da otro tono son algunos detalles que pueden interpretarse como ironías afectuosas o rituales magnánimos. Por ejemplo, la imagen que me recibe apenas llego al subsuelo. Hay una cinta con la

leyenda “Peligro” que aísla dos siluetas en el piso, pintadas con tiza blanca. Es la escena del crimen de los padres de Bruno Díaz y alguien depositó unas candorosas rosas de papel. Me causa cierta gracia la puesta necrológica y le saco una foto, mientras dos chicos están parados al lado, parecen deudos. La seriedad de ambos me hace

» Las paredes están cubiertas por decenas de carteles con la leyenda “Se busca” y las caras de todos los villanos que atentaron contra Batman. Este subsuelo es una versión más justa de Ciudad Gótica.

sentir una maldita insensible, incrédula, amiga de El Pingüino, así que me retiro con mi paranoia a otro lado. Las paredes están cubiertas por decenas de carteles con la leyenda “Se busca” y las caras de todos los villanos que atentaron contra Batman. Este subsuelo es una versión más justa de Ciudad Gótica.

El piso de la galería (zona de peluquerías, casas de ropa friki y alguna quiniela) está convertido en un bazar de baticosas: una colección de batimóviles, batiremeras, batifiguras, un batibar, un batiperro con baticorrea que lleva un batiemo y hasta hay carteles que anuncian un baticurso de fotografía. Y parece que hay batiseductores, como uno que habla sin parar a dos chicas que lo miran cautivadas. Una de sus frases es “Y sí, claro, es un superhéroe distinto, un tipo con plata y sensibilidad social”. Me pregunto si será una estrategia certera de levante, mientras aparece un grupo de chicos con cosplays (disfraces para caracterizar personajes) en el que la mitad

son mujeres y me respondo que sí, claro, debe de ser bastante efectiva.

Son de generaciones distintas los que adoran al héroe con sus cosplays y los que coleccionan sus objetos. Los primeros se sacan fotos, posan y hablan a los gritos; los segundos tienen perfil bajo, pertenecen a esa clase de personas que usan gorras que los camuflen entre la multitud y que nunca ponen una foto de sí mismos en el perfil de Facebook. Ellos están en un rincón más apartado del subsuelo, escuchando una disertación sobre las raíces filosóficas y psicológicas del personaje, acompañada de un powerpoint que analiza las primeras



Este texto pertenece al libro *Super Freak* editado por Caballo Negro Editora y Recovecos, a quienes agradecemos la gentileza: <http://caballonegreditora.com.ar/>



Fotografías: Interactive Photography (Mauricio Martín)



historietas de Batman y explica por qué es el heredero natural de otros personajes de la literatura pulp, como la Sombra y El Zorro. Los que escuchan la charla permanecen en un silencio de cátedra.

En la otra parte del salón, los cosplayers están excitados, van y vienen de una punta a la otra, hasta que se dan cuenta de que ya no hay más personas ante las que mostrarse, y se reúnen entre ellos. Se admiran los trajes como un grupo de mujeres elegantes envidiando sus diseños en una gala benéfica. Hay un Guasón muy prolijo, un Acertijo, un par de batmanes, y, claro, un escuadrón de Batichicas y Gatúbelas, que al fin encontraron un contexto propicio para esos típicos trajes de heroínas hot de las fiestas de disfraces. La mejor de todas es Hiedra Venenosa, con una peluca naranja larguísima, gafas verdes y el mismo porte que Uma Thurman le dio al personaje. Ella es Helena Doppelganger, cosplayer local de larga trayectoria, que hasta se cosió a mano los guantes verdes de la Hiedra.

Un dato. No hay ningún Alfred y mucho menos un Robin. A nadie acá se le ocurriría decir “Recórcholis”, sería un pase al destierro. Incluso, hay más villanos que batmanes. El lado oscuro siempre es más magnético que el luminoso. Algunos fans sostienen que los motivos por los cuales Batman es el mejor superhéroe de los cómics es porque usa su inteligencia, porque tiene plata (billetera mata Superman), tiene un buen auto y, sobre todo, porque se ganó los mejores némesis de la historia. Si Batman puede vencer al Guasón, un psicópata de antología, es porque él también tuvo una infancia jodida. Se me ocurre que la humanidad de Batman no está en su carencia de superpoderes. Está

en que, como tantos de nosotros, podría necesitar un clonazepam cada tanto.

En el bando de los coleccionistas, impera otro perfil. Los acopiadores de baticosas no buscan atención. Francisco, por ejemplo, es de Río Cuarto y trajo su exposición de batimóviles. Si fueran a escala real, debería comprarse una playa de estacionamiento, porque tiene más de 40. El que le falta cuesta mil pesos, que está tratando de ahorrar. Me hace una visita guiada por cada artículo de su colección, ubicada detrás de una valla. Me explica a qué período del cómic pertenece cada uno, qué los define, cuán hábiles son. Su pasión tuerca es tan inmensa como pequeños son los autos.

» Hay un Guasón muy prolijo, un Acertijo, un par de batmanes, y, claro, un escuadrón de Batichicas y Gatúbelas, que al fin encontraron un contexto propicio para esos típicos trajes de heroínas hot de las fiestas de disfraces.

Tiene una remera de Batman pintada a mano, una gorra que le oscurece la mirada y mientras habla hace ruido con el sorbete de un Baggio sabor pera. Batman nunca tomaría ese jugo en pajita, pero él no quiere ser el héroe (como los cosplayers que hacen barullo a nuestro alrededor), sino adorarlo. Las diferencias entre ser el tótem o bailar a su alrededor. Entre el melómano que se gasta medio sueldo en discos de Queen y el tipo que se recorta el bigote al lado de un póster de Freddy Mercury y cuando canta “We are the champions” se cree un verdadero campeón.

En uno de los puestos que están cerca, unas chicas que hacen caricaturas ofrecen el servicio de dibujarte abrazado a tu héroe favorito, en cinco minutos, por 20 o 30 pesos. Es el momento de pedir mi retrato con IronMan, pero creo que sería tan antipático como ir a la cancha con la camiseta del equipo visitante. También IronMan carece de superpoderes, es millonario y hace cosas por los demás. Pero lo que me gusta de él es que no lleva el karma de la solemnidad y, cuando sale de noche, no es solamente para salvar a la humanidad.

Estas maneras de celebrar los 75 de Batman no sólo excluyen a otros superhéroes. En el recorte del personaje no hay vuelta atrás a esa versión camp de la serie de televisión de los 60, con aquel gordo de cejas delineadas. Ni en los stands ni en los cosplays. El Batman que homenajean es el oscuro, el atormentado, el héroe severo que nació para oscurecer lo que Superman había coloreado volando sobre el cielo azul.

En una mesa, cerca de la salida, hay hojas en blanco y lápices de colores para que los chicos que circulan por ahí dibujen su versión de Batman. Una nena que no tiene orejas de vampiro ni una capa negra es la única con una pizca de ironía. Está dibujando la batiseñal con un frase dentro de la silueta del murciélago que dice: “Trae pan”. El rayo de luz emerge de una torre altísima, que me recuerda a ese insólito Faro del Bicentenario que vigila a esta ciudad sin agua. Una amiga solía decir que el faro era el ojo malvado de Sauron. Mirando el dibujo creo que, como la señal de Gótica, esa luz puede ser un pedido de auxilio. Lástima que desde los subsuelos no se ve. ●

*Periodista, escritora

En la dirección correcta

Cezary Novek*

— ¿Tenes calor?
—No.
—Si querés, prendo el aire.
—No, no. Está bien.
—¿Te gusta la cumbia? —dijo, acercando el dedo al estéreo.
—No, no.
—¿Te gustan las minas?
—¿Eh? Sí, claro.
—Ah, pensé que nada más sabías decir “no, no”

Mauro lo miró a los ojos. El conductor se pasó la mano por la transpiración de la cara y se peinó para atrás los pocos pelos rubios. Fijó su vista en el camino llano, casi del mismo color del cielo gris plomo. Unas gotitas caían sobre el parabrisas del auto.
—Era un chiste. Los buenos copilotos dan algo de charla, aunque no sea interesante. El problema es cuando se duerme el que maneja. Así que si no querés charlar, cebá mate ¿querés? Ahí, atrás del asiento, hay un bolso con todo el equipo.
—¿Dulce o amargo?

El conductor achicó los ojos claros.
—Lo que te quede más cómodo, me da igual. La llovizna se convirtió en un chaparrón.
—¿Falta mucho?
—No.
—Ah.
—¿Es la primera vez que te invitan, no es cierto? Creo que no te llevé nunca. Me acordaría.

Mauro irguió la cabeza un poco para acompañar la respuesta.
—Es la primera vez.
—Debés haber hecho algo extraordinario —la última palabra la silabeó mostrando los dientes separados.
—Hice un análisis de los números, tengo un proyecto que le puede ahorrar mucho dinero a la empresa si corrigen un par de errores del sistema.
—Errores del sistema.
—Sí. Eso. Errores. No entiendo cómo no lo vieron antes.
—Claro.
—Yo tampoco te sentí nombrar antes.
—Es posible.
—¿Sólo vas a los asados?
El conductor lo miró un momento pensativo. Mauro esperó una sonrisa que no llegó.
—Casi que sí.
—Debés haber hecho algo extraordinario vos también.
—¿Eh?
—Digo, para que sólo tengas que ir a los asados. El conductor prendió un cigarrillo sin preguntar. Después de dos pitadas, lo miró rápido.
—Una vez estuve casado. Y tenía dos hijos.

—Ajá.
—Pero después me separé.
—Ah.
—No importa el motivo. Tampoco el hijo mayor. Ese vivía conmigo.

Hizo una pausa para tomar un mate.
—La más chica vivía con la madre, en la misma pieza. Había llegado a esa edad en que buscan cualquier excusa para cruzarse a la cama de los padres. Especialmente con esta pelotuda, que siempre que podía se iba de joda y la dejaba con la abuela.
—Claro.
—Los chicos que están en el techo, decía. No me dejan dormir. Quieren jugar conmigo, todo el tiempo. Y a veces no tengo ganas. Me canso. Eso era lo que decía. La madre no le daba bola y la dejaba sola igual. Como conmigo no se hablaba, recién me contó cuando ya la cosa pasó a castaño oscuro. Ponéle más yerba.

» ¿Sabés lo que le pasa a la gente que no duerme por mucho tiempo?
—No.
—Se muere, boludo, qué le va a pasar.

El chaparrón se volvió más fuerte. El conductor disminuyó un poco la velocidad. Por fuera no se veía nada, por el agua. Por dentro tampoco, por el humo.

—Vos me dirás ¿qué tiene que ver esto con lo que veníamos hablando? A la gente que ocupa lugares como el tuyo le seca las pelotas de tener que hablar cosas personales. Tienen miedo de hacerse preguntas.
Pará un poco, yo no dije eso. Fijate si así está bien de yerba.
—Está todo bien. A mí no me interesa tu vida como a vos no te interesa la mía. Pero es una cuestión de preguntas. Las preguntas siempre nos llevan a algún lado.
—¿Y qué pasó?
—Pasó que la madre decía que veía lo mismo que la nena. Y el más grande no decía nada pero no se quería quedar a dormir ni a palos con ellas. Decía que le tenían repodrido hablando de las sombras en la pared. Que no le gustaba el olor que había en la casa.
—¿Y no la mandaban con vos?
—Al principio no. La madre tenía una idea pelotuda de que sólo tenía que dormir en la casa de ella, que era chica. Cuatro años tenía ya y no se había quedado nunca en casa. Pero después la mandó unos días conmigo. A ver si la dejaba

dormir de noche. En casa también jodía con eso de que la querían invitar a jugar.

La lluvia era torrencial, no se escuchaba tan fácil.
—¿Cómo?
—Que en casa empezó a joder con lo mismo. No me dejaba dormir. La llevé al psicólogo.

Prendió otro cigarrillo con la colilla del anterior y le pidió un mate con la mano.
—Me dijeron que tenía un problema complicado. No me acuerdo el nombre. Pero el tratamiento era largo, intenso, caro. En parte era de nacimiento, en parte por la madre. Le podría haber dicho que no joda y hacerme el boludo, pero la pendeja no quería dormir. ¿Sabés lo que le pasa a la gente que no duerme por mucho tiempo?
—No.
—Se muere, boludo, qué le va a pasar.

Le dio dos pitadas largas al cigarrillo y lo apagó. La lluvia no menguaba ni un poco.
—La madre entró a darle a las pepas y se puso cada vez peor. Pero bueno, no era problema mío. Desde que eligió la joda antes que quedarse en casa, eso dejó de ser mi problema. Tuve que hacerme cargo del tratamiento de la nena. Carísimo.
—¿Y el más grande?
—Al principio se puso las pilas y salió a trabajar, para bancar a la madre. Después terminó empepándose él también. Empezó con la madre, siguió con los amigos. Después me vino a patear la puerta para que lo ayude. Lo saqué cagando.
—¿Pero la nena mejoró?

El conductor ladeó la cabeza de una forma que no decía ni “sí” ni “no”.
Las preguntas siempre te llevan a algún lado. Siempre que se hagan en la dirección correcta. A mí me llevaron a pagar tratamientos caros y a tener este trabajo, que me llevó a otros tratamientos. A vos las preguntas te llevaron a la casa de estos caretas a comer un asado.
—¿Pero qué tiene de malo?
—¿Ves aquella entrada? Bajá y quedate bajo ese alero que ahora les aviso que te vengán a buscar.
—¿No venís?
—Ni en pedo.

Mauro cerró la puerta y fue corriendo hasta el alero. Este viejo está de la nuca, pensó. Después se dio cuenta que le habían puesto chofer para la ocasión. Se acordó de la propuesta que les iba a hacer. Se sintió importante. En el auto, el conductor sacó su Nokia 1100 y escribió un mensajito: “La carne está en la puerta”. ●

*Escritor y docente



Tu Obra Social a un **Click**

Implementamos un sistema de turnos on line para que puedas gestionarlos desde donde quieras y cuando quieras.

www.daspu.com.ar



Sede Ciudad Universitaria. Av. Valparaíso s/n. Te. 4474600
Sede Maternidad Plaza Colón. Santa Rosa 1047. Te. 4474601
Sede Cerro. Tristán Malbrán 3822. Te. 4474602
Sede Cofico. Campillo 346. Te. 4474603

LABORATORIO DE HEMODERIVADOS

Universidad Nacional de Córdoba

Somos un Laboratorio Farmacéutico Público sin fines de lucro, elaboramos medicamentos de calidad internacional, seguros, eficaces y accesibles, permitiendo mejorar la calidad de vida de muchas personas en nuestro país y la región.

Somos el Laboratorio de Hemoderivados más grande y moderno de América Latina. Poseemos un modelo de gestión transparente, eficiente y sustentable de nuestros recursos, que nos permite autogestionarnos económicamente en un 100%.

www.unc-hemoderivados.com.ar

